



Plan de animación vocacional

Plan de animación vocacional

Roma | Octubre 2020

© Agustinos Recoletos. Curia General
Viale dell'Astronomia, 27 - 00144 Roma (Italia)
www.agustinosrecoletos.com

Secretariado General
de Vocaciones y Juventud

Plan de Animación Vocacional



Contenido

Introducción

- 1. Para dar vida en Cristo11
- 2. La siembra paciente11
- 3. Pastoral juvenil y pastoral vocacional12
- 4. Un Plan de pastoral vocacional renovado13

PRIMERA PARTE

ARAR

- Capítulo 1 - Reconocer**21
- 1.1. Una mirada a la realidad del mundo22
 - a) Globalización, mundo plural y secularismo22
 - b) Constantes cambio22
 - c) La diferencia es riqueza.23
 - d) Las migraciones.23
 - e) La búsqueda religiosa24
- 1.2. Una mirada a la Iglesia... .. .24
 - a) La familia24
 - b) Las parroquias25
 - c) Iniciación en la vida cristiana25
 - d) El papel profético de la Iglesia.25
 - e) Gestión administrativa burocrática..26
- 1.3. Una mirada a la Orden... .. .26
 - a) Creadores de comunión26
 - b) Maestro de interioridad27
 - c) Disponibilidad para la evangelización.27
 - d) Profetas del Reino..27
 - e) Compromiso con la educación28
- 1.4. Una mirada a los jóvenes... .. .28
 - a) Ser joven hoy28
 - b) Muchas juventudes29
 - c) Ambiente digital29
 - d) Cuerpo y afectividad..30
 - e) Arte, música y deporte... .. .30

Capítulo 2 - Interpretar	31
2.1. Vocación	31
2.2. La vocación fundamental a la vida... ..	32
2.3. La vocación común	33
2.4. Vocaciones específicas..	34
a) Vocación laical	34
b) Vocación al ministerio ordenado.	35
c) Vocación a la vida religiosa consagrada... ..	36
d) Armonía de las vocaciones específicas	38

SEGUNDA PARTE
SEMBRAR

Capítulo 3 - Elegir	43
3.1. El kerigma vocacional	44
3.2. Para un despertar vocacional	44
3.3. Enseñar a advertir45	
3.4. Educar para el silencio y la escucha	45

TERCERA PARTE
CULTIVAR

Capítulo 4 - Salir	53
4.1. Acompañar la conversión del corazón.	54
4.2. Acompañar la educación del discípulo... ..	54
4.3. Acompañar la formación para la comunidad	55
4.4. Acompañar el discernimiento de la misión	56
Capítulo 5 - Servir	58
5.1. Servicio como actitud necesaria para responder a la llamada.	59
5.2. Servicio que presta la Orden en la animación vocacional... ..	59
a) Objetivo general de la animación vocacional agustino-recoleta.	60
b) Objetivos específicos.	60
c) Los agentes vocacionales... ..	61
- Dios	61
- El propio vocacionado	61
- La comunidad vocacional	61
- La comunidad religiosa.	62

- El superior mayor	62
- El Secretariado de vocaciones y juventud	63
- El promotor o coordinador vocacional	64
- El orientador local..	64
- El Equipo de animación vocacional local	65
- La animación vocacional en la Web y en las Redes Sociales... ..	66

Conclusiones	67
----------------------------	----



Introducción

1. Para dar vida en Cristo

San Agustín, ya desde el comienzo de su experiencia monástica, invitó a unirse a otros hermanos a su mismo género de vida. A partir de su encuentro con Cristo, ardió en su corazón un fuego que siempre incendió otros corazones en el mismo deseo de Dios; llegaron a ser otras antorchas que compartieron con él las sendas y aventuras de la vocación cristiana y monástica. En este sentido, es muy significativo aquel episodio de la vida del santo cuando, en medio del encanto de la vida monástica en Tagaste (África) en el año 386, se dirigió a la ciudad de Hipona para ganar a un amigo para el monasterio: *Vine a esta ciudad para ver a un amigo, al que pensaba que podría ganar para Dios, viniendo a estar con nosotros en el monasterio (Sermón 355, 2).*

El santo de Hipona escribió: *Exhorto a otros con todo el afán que puedo a abrazar este propósito, y tengo hermanos en el Señor que por ministerio mío se han decidido a hacerlo (Epístola 157, 4, 39, a Hilario).* Y hay un párrafo breve de uno de sus sermones que nos debería llevar a repensar la pastoral de animación de las vocaciones desde la fecundidad propia de toda vida cristiana. Escribe san Agustín: *¿Nos atrevemos a llamarnos madres de Cristo? [...] Han sido hijos, sean también madres llevando a Cristo a los más que puedas; para que, así como fueron hijos al nacer, puedan ser madres de Cristo llevando a nacer a otros (Sermón 72 A, 8).* Como animadores vocacionales, estamos invitados a compartir el sueño de Agustín de ser también cauce –padres y madres– para las nuevas vocaciones en la Iglesia de Cristo.

2. La siembra paciente

La animación vocacional, como actividad pastoral que es, ha hecho un camino sorprendente desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días, pleno siglo XXI. Se puede decir que el camino que ha innovado la pastoral vocacional representa un verdadero itinerario de búsqueda, discernimiento e iluminación acerca de su misma vocación y misión en la Iglesia. Dicha travesía trasparenta un cambio profundo de mentalidad para la pastoral vocacional,

una conversión de corazón, un verdadero acto de fe, de amor y de esperanza. En resumen, se podría decir que se ha pasado de una pastoral vocacional de la *pesca milagrosa* a una pastoral vocacional de la *siembra paciente*. Recientemente, en el Sínodo de los obispos sobre *los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (2018), se pidió a la Iglesia entera en este planteamiento a través del acompañamiento vocacional.

La pastoral vocacional es la acción organizada de la Iglesia, que se orienta a ayudar a las personas para que tomen poco a poco conciencia de la vocación y misión que han recibido de parte de Dios. En este sentido, la pastoral de animación vocacional es la acción de la Iglesia a favor de “todas las vocaciones”, a fin de que la misma Iglesia sea edificada según la plenitud de Cristo y conforme a la variedad de los carismas que el Espíritu Santo suscita en ella. Por lo tanto, siendo la Iglesia madre de las vocaciones, la animación vocacional, como acción pastoral, ayuda a dar a luz el misterio maravilloso en el que se realiza cada vocación humana y cristiana. Así pues, la Iglesia acompaña a cada cristiano para que, plenamente iniciado en la fe, descubra y viva su vocación específica.

3. Pastoral juvenil y pastoral vocacional

Toda la pastoral está orientada, por su misma naturaleza, al discernimiento vocacional, en cuanto que su objetivo último es ayudar al creyente a descubrir el camino concreto para realizar el proyecto de vida al que Dios lo llama. Por ello, ha dicho el Papa Francisco que *el servicio vocacional ha de ser visto como el alma de toda la evangelización y de toda la pastoral de la Iglesia y, por lo mismo, la pastoral vocacional no puede reducirse a actividades cerradas en sí mismas* (Papa Francisco, *Mensaje a los participantes en el Congreso Internacional: “Pastoral vocacional y vida consagrada”* 2017).

San Juan Pablo II afirmó que *la juventud alcanza su riqueza verdadera cuando se vive principalmente como tiempo de reflexión vocacional* (cf. Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXII Jornada Mundial de oración por las vocaciones*, 1994). Por lo cual, la pastoral juvenil debe plantearse una y otra vez, con mucha creatividad, cómo ayudar a los jóvenes a reconocer y abrazar aquel proyecto de vida que les lleva a la verdadera felicidad. Todo joven tendría que llegar a experimentar un encuentro real con Cristo, que le abra al sentido pleno de su vida y que le llene de gozo el corazón. Asimismo, la pastoral juvenil ha de acompañar el caminar de los jóvenes para que descubran que la auténtica alegría se experimenta cuando se descubren entregando la propia vida.

Por su parte, la pastoral vocacional ha de colaborar codo a codo con la pastoral juvenil para orientar a los jóvenes a que vean sus vidas con la mirada de Dios Padre, que los ama y los sueña felices. Pastoral juvenil y pastoral vo-

cacional, a modo de una sinfonía a dos voces, han de prestar un servicio delicado y paciente para que los jóvenes descubran cuál es la vocación que el Señor les ha reservado, de modo que el sueño de Dios Padre sea en ellos una realidad. De igual modo, la pastoral vocacional ha de proponer un itinerario discipular que lleve al joven a abrazar, con todas las fuerzas de su corazón, aquel camino que Cristo le descubre para vivir la plenitud del amor.

4. Un Plan de pastoral vocacional renovado

La pastoral de animación de las vocaciones tiene que ver hoy día, en primer lugar, con la tarea de crear y difundir la “cultura vocacional” (arar). En segundo lugar, la animación vocacional tiene mucho que ver con salir y sembrar un encuentro vivo y afectivo con Cristo, para despertar y suscitar las vocaciones en la Iglesia y para la Iglesia (sembrar). Y, en tercer lugar, la misión de la animación de las vocaciones comprende la acción pastoral de acoger y acompañar el camino personalísimo de los discípulos jóvenes de cara al discernimiento y la decisión vocacional (cultivar). Estas son las tres acciones pastorales que dan origen a las tres partes de este *Plan de animación vocacional*.

Por otro lado, en el Sínodo sobre *Los jóvenes*, la fe y el discernimiento vocacional del 2018, empleó una metodología que se retoma en este *Plan de animación vocacional*; ahí se habló de tres acciones pedagógicas: *reconocer*, *interpretar* y *elegir*. Esta metodología se emplea del siguiente modo. Con el verbo “reconocer” se integra la parte del análisis de la realidad acerca de nuestro mundo, de nuestra Iglesia y de los jóvenes. A la cual se añaden algunos datos propios de la situación actual de la Orden. Y a partir del verbo “interpretar”, se presentará el marco teórico básico de la teología de la vocación cristiana y de las vocaciones específicas.

Con el verbo “elegir” se engloba, por una parte, el cambio radical que experimenta el discípulo misionero a partir del encuentro vivo con Cristo y su Palabra y, por la otra, las consecuencias concretas que esta relación de amistad tiene para el camino de la vida cristiana. En este *Plan de animación* se añaden también los verbos *salir* y *servir*, los cuales no forman parte de la metodología del sínodo sobre los jóvenes. Con el verbo “salir” se pretende señalar el proceso de llegar a ser plenamente persona más allá de sí, en Cristo. Y a partir del verbo “servir” se apunta, por una parte, ese aspecto esencial que configura fuertemente el sentido de la vocación cristiana y las vocaciones específicas, y, por otra parte, se señalan las tareas concretas de toda la comunidad en la pastoral vocacional.

Asimismo, con la intención de darle a este *Plan de animación* una impronta agustino-recoleta, se tendrá como hilo conductor *el camino de la in-*

terioridad agustiniana. En este caso, se acude al proceso de la interioridad agustiniana tal y como san Agustín lo refiere en su obra *Sobre la verdadera religión*. Se trata de la expresión “no quieras ir fuera, entra en tu interior, en el interior del hombre habita la verdad; y si te encuentras limitado, trasciéndete” (*Vera Relig* XXXIX, 72.). Los distintos elementos de esta expresión serán los que permitan plantear la pastoral de animación de las vocaciones como un viaje al centro de la vida, a lo profundo del corazón; al corazón del hombre, pero también al de Dios.

Por último, es preciso indicar que, en el *Documento de Aparecida*, con ocasión de la V Conferencia del episcopado latinoamericano en Aparecida en 2007, se habló del itinerario del discípulo misionero en estos términos: encuentro con Cristo, conversión del corazón, el discipulado, la comunión y la misión. Este itinerario se recoge en nuestro *Plan* y se propone como un camino probado para el discernimiento vocacional. Y a cada una de las etapas del camino discipular, se las hace acompañar por los verbos vocacionales que propone la pedagogía del documento *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* (1997): acompañar, educar, formar y discernir. De este modo, queda nuestro itinerario así: acompañar la conversión, educar al discípulo misionero, formar para la comunión y discernir la misión.



Parte I

arar

PRIMERA PARTE

Arar

“El que tenga oídos que escuche”
(Mt 13,9)

En los evangelios sinópticos se recoge la bella parábola del sembrador (Mt 13, 1-23; cf. Mc 4,1-12; Lc 8,4-10). Hay un detalle en esta parábola que quizá puede pasar desapercibido, y es cuando Jesús dice: *el que tenga oídos que escuche* (Mt 13,9). En principio, la parábola resalta la acción del sembrador y la condición del terreno donde se arroja la semilla para, al final, hacer constar que los frutos se recogen en el terreno bueno. Podría objetarse a Jesús por qué esparce la semilla donde el terreno no está en condiciones de dar buenos frutos. ¿No sería mejor primero preparar el terreno y después sembrar la semilla?

Precisamente lo maravilloso de la parábola evangélica radica en que, para llegar a ser tierra fértil, es imprescindible preparar el terreno. Aunque los evangelios sinópticos manifiestan la sobreabundancia de Dios en Jesús que despilfarra el grano, en el fondo es una provocación directa a los oyentes para que revisen el tipo de terreno que cada uno es y se pregunten por la fecundidad de su vida cristiana. Lo más probable es que quien escuche la parábola con atención e interés, descubra que en su terreno o corazón hay un trabajo pendiente por hacer para llegar a dar frutos como Jesús quiere. Aquí está la clave del arar en esta parábola, *el que tenga oídos que escuche*.

Jesús nos regala en su Palabra la promesa de vida nueva, pero para que sea una realidad depende también de la actitud con que se recibe esa palabra, *lo sembrado en tierra fértil es el que escucha la palabra y la entiende. Ése da fruto: cien o sesenta o treinta* (Mt 13,23). Hay pues, una relación muy estrecha entre preparar la tierra del propio corazón y escuchar y entender la Palabra, de modo que se dé frutos de vida nueva. Por lo tanto, el sentido del verbo “arar” o “preparar el corazón” tiene mucho que ver con crear las condiciones que posibiliten atender y escuchar a Dios. En este *Plan de animación vocacional* se asimila el “arar” con el empeño de crear la “cultura vocacional”.

¿Qué es la cultura vocacional? A partir de la década de los ochenta del siglo pasado ya se viene hablando de crear una “cultura vocacional”. San Juan Pablo II, en el umbral del siglo XXI, vislumbró la importancia de recuperar algunas raíces del Evangelio que se estaban dejando de lado y que resultan

imprescindibles para vivir la vocación cristiana. Las llamó “actitudes vocacionales de fondo”. Entre otras, propuso las siguientes: la vivencia de la gratitud, la apertura a lo trascendente, la disponibilidad, la confianza en sí mismo y en el prójimo, el afecto, la comprensión, el perdón, la responsabilidad, la capacidad de soñar, el asombro y la generosidad (cf. Juan Pablo II, *Mensaje de la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones*, 2 -1992-).

En el Sínodo de los obispos sobre los jóvenes se habló de la “cultura vocacional”. Se dijo que comprender la existencia humana en términos vocacionales, lleva a resaltar algunos elementos que son muy importantes para el crecimiento de toda persona. Se advirtió la urgencia de arrancar de cuajo la idea de que la persona está determinada por el destino o por la casualidad, y la creencia de que la vocación es un asunto privado que debe gestionarse por cuenta propia. Ambas visiones dejan al joven confinado a un destino “sin vocación”. De ahí que sea importante crear las condiciones para que en todas las comunidades cristianas, a partir de la conciencia bautismal de sus miembros, se desarrolle una verdadera *cultura vocacional* y un compromiso constante de oración por las vocaciones (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 80).

El Papa Francisco, a raíz del Sínodo sobre *Los jóvenes*, la fe y el discernimiento vocacional, recordó a toda la Iglesia y a los jóvenes la importancia de tener raíces. Sin embargo, insistió en que las raíces *no son anclas que nos atan a otras épocas y nos impiden encarnarnos en el mundo actual para hacer nacer algo nuevo. Son, por el contrario, un punto de arraigo que nos permite desarrollarnos y responder a los nuevos desafíos*. En este sentido, recuerda que *de nada sirve que nos sentemos a añorar tiempos pasados; hemos de asumir con realismo y amor nuestra cultura y llenarla de Evangelio* (Francisco, *Christus Vivit*, n. 200).

Precisamente, la tarea de la pastoral de animación de las vocaciones tiene mucho que ver con reconocer y conocer a fondo la realidad de nuestra cultura, y amarla con sus posibilidades y riesgos, con sus alegrías y dolores, con sus riquezas y sus límites, con sus aciertos y sus errores (cf. Francisco, *Christus vivit*, n. 200), y llenarla de la alegría del Evangelio. Por lo tanto, el mejor servicio que puede prestar la animación de las vocaciones a las comunidades cristianas es enseñar a abrazar las culturas en las que está presente la Iglesia y posibilitar en ellas el Evangelio. En este sentido, la animación vocacional es una dimensión transversal de la evangelización.

Evangelización y vocación son dos elementos inseparables del itinerario del discípulo misionero. Es más, el criterio de autenticidad de una buena evangelización es la capacidad de suscitar vocaciones y de madurar proyectos de vida cristiana, hasta hacer de ellos discípulos, misioneros, testigos y

apóstoles del Evangelio. Existe hoy, quizá como en ninguna otra época, el desafío de hacer que la pastoral eclesial sea realmente vocacional, promoviendo una “cultura vocacional”, es decir, un modo de concebir y de enfrentarse a la vida como don recibido gratuitamente de Dios para un proyecto o una misión, según su plan de amor.

Crear pues, la “cultura vocacional” es la primera tarea de la animación de las vocaciones. En el horizonte de la siembra paciente, propia de este *Plan de animación vocacional*, se ha enmarcado, como una acción pastoral, a partir del verbo “arar”. El trabajo del agricultor parte del esfuerzo arduo de preparar la tierra para la siembra. En el caso de la animación de las vocaciones, la acción de arar comprende una intervención pastoral que busca preparar la tierra interior del ser humano, es decir, el corazón. Sin esta ayuda humilde que posibilita abrir por dentro el corazón, difícilmente se ponen las condiciones que permitan escuchar a Aquel que tiene en su corazón un sueño de vida buena para cada uno de sus hijos.

A modo de auto-examen, se puede reconocer que la “cultura vocacional” va siendo una realidad en las comunidades cristianas, cuando se advierten las siguientes señales:

- cuando la animación vocacional deja de ser una actividad pastoral exclusiva para promocionar la vida religiosa o sacerdotal;
- cuando los discípulos misioneros viven con alegría y de forma estable su vocación específica en la comunidad cristiana;
- cuando se constata que los laicos se involucran en la animación vocacional, principalmente a través de los equipos vocacionales;
- cuando las comunidades cristianas evocan el tema vocacional como acción pastoral permanente;
- cuando los grupos y movimientos juveniles viven procesos que desembocan en proyectos de vida cristiana.

Reconocer

El verbo “reconocer” es el primer verbo que se emplea en la metodología del Sínodo sobre los jóvenes, y que engloba el contenido de la primera parte del *Documento final*. La Asamblea sinodal, basándose en el pasaje de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), se concentra, en primer lugar, en la expresión, *Él caminó con ellos* (Lc 24,15). A partir de este versículo bíblico, los participantes del Sínodo buscaron arrojar luz sobre aquello que reconocieron acerca de la realidad de los jóvenes, del contexto en el que se insertan, de sus gozos y esperanzas, sobre todo de sus fortalezas y desafíos. En la primera parte de este *Plan de animación de las vocaciones* se realiza el mismo ejercicio.

Por su parte, Agustín explica el proceso de la interioridad como la ayuda que Dios mismo presta al ser humano para volverse hacia sí mismo, para emprender el viaje a lo profundo del corazón (cf. *Confesiones IX,1,1*). Sin la ayuda de Dios el ser humano se queda confinado en la dispersión, la superficialidad, la banalidad. De ahí que el *no quieras ir fuera de ti mismo*, es el brillo de la misericordia de Dios que disipa la ceguera, y que cura la mirada miope, fría y reducida que a veces tenemos sobre la realidad. Así pues, a la hora de acercarse a la realidad del mundo, la Iglesia, la Orden y los jóvenes, estamos invitados a tener una mirada atenta, delicada, profunda y, ante todo, amable.

Si la pastoral vocacional quiere tener los pies sobre la tierra, el que anima las vocaciones no puede desentenderse del contexto, pero tampoco debe pretender racionalizar todos los elementos que influyen en la decisión vocacional, ya que ésta está siempre inmersa en el misterio. Así pues, sin la pretensión de agotar una aproximación a la realidad del mundo, de la Iglesia, de la Orden y de los jóvenes, se proponen unas notas relevantes y descriptivas de las mismas. Y más que un simple ejercicio de análisis de la realidad, para lo cual existen instrumentos más adecuados, se trata de propiciar una mirada de fe -una mirada amable- acerca de la misma.

1.1. Una mirada a la realidad del mundo

a) Globalización, mundo plural y secularismo

Algunas disciplinas científicas, como son la filosofía o la sociología, aportan una información digna de tener muy en cuenta a la hora de procurar un conocimiento profundo acerca de la realidad. A estas disciplinas debemos conceptos claves como “globalización”, “mundo plural” y “secularismo”, y que definen características muy acentuadas de nuestro estilo de vida en sociedad. Así, hablar de globalización es constatar que actualmente, por la híper-conectividad que posibilita la comunicación digital, la misma movilidad de la población, el uso de lenguajes comunes, etc., toda la humanidad vivimos en una especie de “aldea global”; todos interactuando con todos, compartiendo con todos, e intercambiando ideas, información, conocimientos, etc.

Sin embargo, el mismo Sínodo de los obispos sobre *Los jóvenes*, la fe y el discernimiento vocacional apuntó que, juntamente a este mundo globalizado, coexiste un mundo diverso y plural. En la experiencia del Sínodo los obispos constataron que, a pesar de un contexto de creciente globalización, existen muchas y relevantes diferencias entre contextos y culturas, incluso dentro de un mismo país. Y, refiriéndose a los jóvenes, indicaron que hay una pluralidad de mundos juveniles; tanto que, en algunos países, en lugar de hablar de jóvenes, se prefiere usar más bien el término “juventudes” en plural (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n.10).

El secularismo como concepto de análisis de la realidad pone de manifiesto, sobre todo en el ámbito de las ideas, la política y la economía, la completa autonomía de las realidades temporales respecto a lo religioso. En el fondo, el secularismo como corriente de pensamiento ha incitado, con una infinidad de estrategias, a expulsar a Dios del ámbito público y confinarlo al espacio de la conciencia privada. Para muchos creyentes esta corriente de pensamiento está siendo una auténtica tragedia, pero para otros, un verdadero campo de oportunidad para la evangelización. Posiblemente el proceso de secularización suma en negativo para la receptividad religiosa, pero también es cierto que se esclarece la belleza del don de la fe y la convicción personal de aceptarlo o no.

b) Constantes cambio

A finales de la década de los noventa del siglo XX se hablaba mucho de una “época de grandes cambios”, rápidos y vertiginosos, que apenas daba tiempo para asimilarlos y comprender sus consecuencias en la vida de cada día. Sin embargo, a principio del siglo presente, dejó ya de hablarse de una

época de cambios, para hablar de algo más profundo y radical, de un “cambio de época”; algo inédito en la conciencia de la historia de la humanidad, principalmente por los avances de la ciencia, la técnica y la era digital. Ahora bien, algunos sociólogos hablan tanto de un cambio de época como de constantes cambios incluso dentro de esta nueva época. En este sentido, se vuelve un auténtico desafío para la Iglesia y para los agentes de animación vocacional, comprender estas implicaciones tanto para la praxis pastoral, como para el acompañamiento.

c) La diferencia es riqueza

Más allá se sumarse a una reivindicación ideológica sobre la mujer, la Iglesia, en general, y las comunidades cristianas en particular, están dando pasos agigantados para reconocer, integrar y empoderar a las mujeres, discípulas misioneras. El genio femenino está encontrando cada vez más cauce de expresividad y de incidencia en las decisiones de las comunidades cristianas. En el Sínodo de los obispos sobre *Los jóvenes*, la fe y el discernimiento vocacional, se recordó que en la tarea de la evangelización y, por ende, en el servicio de la animación de las vocaciones, no se deben olvidar las diferencias entre hombre y mujer con sus dones peculiares, su sensibilidad específica y la experiencia que tiene de Cristo y del mundo (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 13).

d) Las migraciones

En el Sínodo sobre *Los jóvenes*, la fe y el discernimiento vocacional, se habló de las migraciones y se señaló que los migrantes son un paradigma de nuestro tiempo (cf. *Documento conclusivo del sínodo sobre los jóvenes*, n. 25). Las migraciones representan un fenómeno estructural en todo el mundo y no únicamente una emergencia transitoria. De hecho, la migración puede tener lugar dentro del mismo país o entre diferentes países por las más variadas circunstancias. No obstante, el fenómeno migratorio sí que es una realidad preocupante para la Iglesia en aquellas partes del mundo en las que lo desencadena la guerra, la pobreza, el exilio o los desastres naturales, y expone a personas, entre ellos niños y jóvenes, al abuso, la trata, la violencia y la explotación.

Esta realidad mundial abrirá nuevos retos y desafíos para la pastoral de animación de las vocaciones. Muchos, quizá, pueden ver este fenómeno con recelo y sospecha, pero no cabe duda que será un campo de nuevas oportunidades, que pedirá apertura de mente y de corazón y, fundamentalmente, capacidad de discernimiento y de acompañamiento vocacional. Tal y como se indicó en el Sínodo de los jóvenes, los emigrantes son para las comunida-

des cristianas y para las sociedades a las que llegan, una oportunidad para el enriquecimiento y el desarrollo humano integral. En este sentido, toda iniciativa de bienvenida y de acogida será muy importante (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 27).

e) La búsqueda religiosa

En muchas partes del mundo, sobre todo de antigua tradición cristiana, a pesar de los vientos contrarios a las prácticas religiosas, están brotando nuevas manifestaciones de búsqueda religiosa. Esta búsqueda religiosa está fuertemente motivada por la sed de sentido para la propia vida, de un anhelo profundo de paz interior, de deseo de conexión con la naturaleza, etc. Al avivarse este interés por el mundo de lo religioso, muchas personas, entre las cuales prevalecen los jóvenes, se comienza una búsqueda a través de los más diversos caminos de espiritualidad. Las comunidades cristianas han de ver en esta sed de lo absoluto un enorme potencial para llevar a las nuevas generaciones al encuentro con Cristo y hacerles la propuesta vocacional (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, 49).

1.2. Una mirada a la Iglesia

a) La familia

La Iglesia es la familia de las familias, la casa de todos los discípulos misioneros de Jesucristo. Existe una preocupación grande en la Iglesia de acompañar las familias cristianas y de apoyarlas en la realización de su vocación y misión como iglesias domésticas. Dos sínodos celebrados en el 2016 y 2017, arrojaron mucha luz sobre la vivencia del amor cristiano en la familia. Por su parte, el Papa Francisco escribió la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, la alegría del amor, para subrayar que la familia, como iglesia doméstica que es, tiene la tarea de vivir la alegría del Evangelio en la vida cotidiana. A los padres de familia se les pide estar abiertos a la dimensión vocacional y misionera de la vida cristiana, e inculcarla también en sus hijos.

Por su parte, el Sínodo de los jóvenes subrayó que las familias juegan un papel primordial en la educación cristiana de los hijos y un apoyo insustituible en la orientación de las decisiones importantes de la vida. Sin embargo, también hizo constar que las familias no siempre educan a sus hijos para mirar hacia el futuro en una lógica vocacional. A veces, la búsqueda de prestigio social o éxito personal, la ambición de los padres o la tendencia a condicionar las elecciones de los hijos, invaden el espacio de discernimiento y condicionan sus decisiones. En este sentido, se habló de la necesidad de ayudar a las familias a asumir más claramente una concepción de la vida como una

vocación y acompañar a los hijos a abrirse a la llamada divina (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 72).

b) Las parroquias

La Parroquia, si bien sigue siendo la primera y principal forma de ser y vivirse la Iglesia, el Sínodo sobre los jóvenes señaló varias voces cómo ésta lucha por ser un lugar relevante para los jóvenes y cómo es necesario repensar su dimensión misionera. La escasa importancia de la parroquia en los espacios urbanos, la falta de dinamismo de sus propuestas, junto con los cambios espacio-temporales en los estilos de vida en sociedad, exigen una renovación profunda de la misma. Incluso, se señala que, si bien es cierto que hay varios intentos de innovación en este sentido, a menudo el río de la vida juvenil fluye en los márgenes de la comunidad parroquial, sin apenas alcanzarlo (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 18).

c) Iniciación en la vida cristiana

A propósito de la iniciación cristiana, no cabe duda de que los dos ámbitos privilegiados e insustituibles en esta tarea son la Familia y la Parroquia; en algunos casos también lo es la Escuela. La propuesta del Sínodo sobre los jóvenes es que las familias no deleguen totalmente en la Parroquia el camino catequético de los hijos. En este sentido, la instrucción en la fe en la Parroquia tiene que estar acompañada y respaldada por un estilo concreto y expresivo de la vida cristiana en familia. Por lo tanto, la Parroquia necesita de la familia para que los hijos experimenten el realismo cotidiano de la fe. Y la familia necesita de la Parroquia para conseguir en los niños y jóvenes una presentación y comprensión más orgánica de la fe cristiana, para que los introduzca en la vida de comunidad y los abra a horizontes amplios de vida en Cristo (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 128).

d) El papel profético de la Iglesia

“La Iglesia, misterio de comunión, está formada por ministros ordenados, religiosos y seculares, en ella todos estamos llamados a la santidad de vida y tenemos la responsabilidad y la misión de hacer presente al Señor. Los Agustinos Recoletos somos Iglesia; sentimos con la Iglesia y estamos a su servicio. Nuestras comunidades, unidas al Papa y a sus respectivos obispos, quieren manifestar la comunión de la misma Iglesia. No podemos ignorar que los escándalos, la infidelidad, los pecados y la apatía de los pastores y de las personas consagradas tienen especial repercusión en la vida de fe del Pueblo de Dios” (*Prot. CG 187/2018*).

El Sínodo sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* fue valiente para ventilar una realidad presente también en la Iglesia: “*Ha habido diferentes tipos de abusos realizados por algunos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos*” (*Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 29). Se pide perdón por participar en este mal, pero sobre todo la Iglesia se sitúa de lado de la parte más débil, de las víctimas, entre los cuales hay también muchos jóvenes. Y asume, como no lo había hecho nunca, un compromiso decidido con la adopción de medidas estrictas para la prevención de cualquier tipo de abuso de poder (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, nn. 28-31). De cara al servicio de la animación de las vocaciones, no se han de ahorrar ni fuerzas, ni recursos, ni formación para crear ambientes seguros donde se viva el despertar vocacional y se acompañe la decisión vocacional específica con respeto.

e) Gestión administrativa burocrática

Va siendo ya una constante en muchos ámbitos de reflexión sobre la figura del pastor, algo así como un reclamo por parte del pueblo cristiano y, de forma especial, por parte de los jóvenes, respecto al tiempo de calidad de que disponen para el servicio del acompañamiento. De forma especial, en el Sínodo sobre los jóvenes se habló de que la carga de las tareas administrativas absorbe de manera excesiva y, a veces, asfixiante las energías de muchos pastores. Esta es una de las razones que dificultan el encuentro con los jóvenes y su acompañamiento. Y de hecho, para hacer más evidente la prioridad de los compromisos pastorales y espirituales, en el Sínodo se insistió en la necesidad de repensar las formas concretas de ejercer el ministerio del acompañamiento (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 17).

1.3. Una mirada a la Orden

a) Creadores de comunión

A raíz del Capítulo General del 2016, en la Orden de los Agustinos Recoletos se diseñó un Proyecto de Vida y Misión donde el objetivo prioritario fue: *ser creadores de comunión*. Se espera que este factor de inspiración genere un nuevo impulso de comunión dentro de las comunidades religiosas, y un mayor compromiso en la misión evangelizadora que la Iglesia ha encomendado a la Orden en los distintos países donde está presente. En el *Discurso* del papa Francisco a los participantes en el 55º Capítulo General de los Agustinos Recoletos (20 de octubre de 2016), además de invitarles a ser *creadores de comunión*, los alentó a ser *testigos de comunidades vivas y abiertas*.

En un mundo lacerado por las luchas de poder, la división, la envidia y los celos, una comunidad donde se vive la vida fraterna con alegría, es un signo luminoso del Evangelio. Para la animación de las vocaciones será muy importante compartir el estilo de vida que vivimos en las comunidades con quienes anhelan remansos de encuentro, de amistad y de amor. En este sentido, la propuesta de san Agustín *-lo primero por lo que se han reunido en la comunidad es para que tengan una sola alma y un solo corazón en Dios-* (Regla 1,2), es la oferta de vida cristiana que hacemos a quienes llaman a nuestras puertas porque se plantean vivir su fe con otros hermanos.

b) Maestro de interioridad

Una de las notas características de la espiritualidad agustiniana es la interioridad. A grandes rasgos, la interioridad es el proceso por el que una persona escapando de la dispersión, se recoge en sí misma y hace un viaje a lo profundo del corazón, donde habita Dios. Allí, en el corazón, la persona se encuentra con Cristo y, desde el encuentro con Cristo, sale de sí misma para difundir el amor con que se experimenta profundamente amada. Los Agustinos Recoletos hemos hecho experiencia de este camino y tratamos de cultivarlo como estilo de vida. Además, acompañamos el camino de aquellos cristianos que se sienten llamados a descubrir la verdad de sus vidas en Cristo, desde este apasionado viaje al centro de la vida: el corazón habitado por Dios.

c) Disponibilidad para la evangelización

Otra peculiaridad de los miembros de la Familia agustino recoleta es la disponibilidad, que se recoge en la tradición oral con la expresión “vamos donde la Iglesia nos necesita”. De hecho, la presencia de comunidades agustino recoletas en veintiún países es la mejor carta de presentación de una familia religiosa que está dispuesta a ir allí donde las iglesias locales piden nuestra presencia y compromiso en la evangelización. De igual forma, la variedad de ministerios y servicios concretos que se prestan en la Iglesia –misiones *ad gentes*, parroquias, colegios, obras sociales, Centros de espiritualidad, etc.– son expresión viva de esta disponibilidad y vitalidad.

d) Profetas del Reino

San Agustín, a la hora de presentar la misión propia del género de vida monástico que él cultivó, dijo: *Somos siervos de la Iglesia del Señor, y nos debemos principalmente a los miembros más débiles, sea cual fuere nuestra condición entre los miembros de este cuerpo* (De op. monach. 29,37). Desde este punto de vista, la misión adquiere su sentido pleno delante de los rostros

concretos de pobreza y sufrimiento en los que Cristo está presente y nos pide caridad y ejercer la misericordia (Mt 25,31-46). Cuando los carismas propios de las diversas formas de vida consagrada pierden su capacidad profética, desaparecen por dejar de ser significativas para el mundo. Se trata, pues, de amar con el amor de Dios a los pobres, de amar a Dios en los pobres, de amarlos desde la propia pobreza con la riqueza de Dios.

e) Compromiso con la educación

La Orden de los Agustinos Recoletos está haciendo una opción decidida y de un gran compromiso por los niños, adolescentes y jóvenes, a través de los distintos centros educativos, que van desde la educación preescolar, la básica, la profesional, hasta la universitaria. La educación es uno de los apostolados en los que la Orden invierte cada vez más personas y recursos, pues se presenta en la actualidad como una de las mejores plataformas evangelizadoras. Además, se ha llegado a desarrollar y compartir entre los distintos centros educativos una pedagogía agustiniana propia, que educa la mente y el corazón en valores, y acompaña el camino de la maduración vocacional, inspirados en san Agustín.

1.4. Una mirada a los jóvenes

a) Ser joven hoy

Hoy día se cuenta con distintos análisis sociológicos, psicológicos y antropológicos acerca de los jóvenes, realizados por personas muy competentes. No obstante, cualquier análisis detallado sobre la realidad de la juventud se queda corto a la hora de acercarse a los jóvenes concretos que encontramos por el camino y que van a nuestras iglesias, colegios, grupos juveniles, etc. En el empeño de crear la “cultura vocacional”, cabe decir que más que un saber teórico sobre la juventud, hay que aprender a tratar con los jóvenes. Lo que hace la diferencia entre “saber sobre los jóvenes” y “saber de jóvenes”, es el tiempo de calidad que se emplea para escucharlos y compartir con ellos.

En el Sínodo sobre los jóvenes se comentó que las generaciones más jóvenes son portadoras de un acercamiento a la realidad con rasgos específicos. Entre los rasgos específicos más evidentes de la cultura de los jóvenes se destacaron: la preferencia dada a la imagen en relación con otros lenguajes comunicativos, la importancia de las sensaciones y las emociones como una forma de acercarse a la realidad, y la prioridad de concreción y operatividad con respecto a análisis teórico. Las relaciones de amistad y pertenencia a grupos de pares, cultivadas a través de las redes sociales, son de gran importancia para ellos. Los jóvenes generalmente están abiertos a la diversidad,

lo que los hace atentos a los temas de la paz, la inclusión y el diálogo entre culturas y religiones. (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 45).

b) Muchas juventudes

El Papa Francisco en la Exhortación Apostólica post-sinodal *Christus vivit*, Vive Cristo, apuntó que ciertamente se pueden enumerar las características de los jóvenes de hoy, pero ante todo puso de manifiesto una constatación especial del Sínodo: la belleza de ser Iglesia universal reflejada en el rostro de los jóvenes. Por lo tanto, la realidad del contexto y la peculiaridad del momento histórico del lugar y de cada comunidad cristiana, hace al joven distinto y diverso en cada lugar y época. Así pues, al existir una pluralidad de mundos juveniles, más que hablar de “juventud” se habla de “juventudes” (cf. Francisco, *Christus Vivit*, nn. 68-70). Este es un elemento que exige a la pastoral de animación vocacional poner mucha atención, para renovar los métodos en el acompañamiento vocacional.

c) Ambiente digital

El Papa Benedicto XVI señaló que *el entorno digital no es un mundo paralelo o puramente virtual, sino parte importante de la realidad diaria de muchas personas, especialmente los más jóvenes* (Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones*, 2011). En este sentido, se habla ya de nuestra época como de la era digital. No se trata ya solo de “usar” unas herramientas de comunicación, sino de vivir en una cultura ampliamente digitalizada que tiene un impacto muy profundo en la noción de tiempo y espacio, en la percepción de uno mismo, de los demás y del mundo, en la forma de comunicarse, de aprender, de obtener información, de entrar en relación con los demás. (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 21).

El Sínodo sobre los jóvenes apuntó que la era digital representa un sin fin de oportunidades, entre otras: representa una extraordinaria oportunidad para el diálogo, el encuentro y el intercambio entre personas, así como el acceso a la información y el conocimiento. Puede llegar a ser un cauce de participación en la vida pública y la evangelización. Sin embargo, el entorno digital también es un territorio de soledad, manipulación, explotación, engaño; puede generar dependencias, aislamiento, pérdida de contacto con la realidad concreta y relaciones superficiales. Además, está propiciando nuevas formas de violencia como el ciber-acoso y está siendo también un canal de difusión de la pornografía, que favorece la explotación sexual (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, nn. 22-24).

d) Cuerpo y afectividad

La sexualidad es una energía vital que atraviesa de arriba abajo a todo ser humano. Es un motor que lo empuja más allá de sí mismo y le obliga a establecer lazos con los otros y con el mundo. Al modo característico del ser humano de vivir la sexualidad se le llama afectividad. La afectividad es, pues, el modo humano de vivir creativamente la capacidad sexual y de orientarla hacia el amor. La materia prima de la afectividad son tanto las necesidades y los deseos, como el modo en el que estos dos van encontrando cauce de solución. Y el cuerpo es el ámbito por excelencia de expresión de la afectividad; por esta razón es tan importante la ternura.

Las nuevas generaciones reconocen al cuerpo y la sexualidad una importancia esencial para sus vidas, y consideran que, en el camino del crecimiento de su identidad, son esenciales para vivir la amistad y el amor (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 37). De hecho, la respuesta vocacional compromete a fondo la capacidad de amar. Sin embargo, el estilo de vida de la sociedad actual expone a las nuevas generaciones, en muchos casos, a experiencias negativas en el campo de la sexualidad –abusos, promiscuidad, turismo sexual, pornografía, etc.-

Dichas experiencias negativas pueden llegar a lesionar el crecimiento y desarrollo sereno y maduro de la afectividad y la capacidad de amar de la persona. En este sentido, el acompañamiento para el discernimiento vocacional tiene la encomienda de proponer con serenidad, desde una comprensión integral y positiva de la sexualidad y la efectividad, la capacidad de vivir esas realidades como ámbitos de expresión del amor en las vocaciones específicas. Y en caso de dificultades reales y serias que comprometan el discernimiento, es conveniente recomendar una ayuda terapéutica mientras el proceso se mantenga abierto.

e) Arte, música y deporte

Lo que San Juan Pablo II indicó, refiriéndose a procurar aquellas actitudes vocacionales de fondo que hacen posible una respuesta vocacional (cf. Juan Pablo II, *Mensaje de la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones*, 2-1992-), el Sínodo las ve cumplidas en tres áreas importantes en la vida de los jóvenes: el arte, la música y el deporte. Así pues, reconoce y valora la importancia que los jóvenes dan a la expresión artística en todas sus formas. Se señala también que la música representa el entorno real en el que los jóvenes están constantemente inmersos, así como una cultura y un lenguaje capaces de agitar sus emociones y modelar su propia identidad. Y en el deporte se ponen en juego algunos valores que dan calado a la vida humana, como son el esfuerzo, el sacrificio, la abnegación, el trabajo en equipo, el respeto, la caballerosidad, la lealtad, la honradez, etc. (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 47).

Interpretar

Es verbo “interpretar” fue el segundo verbo empleado en la metodología del Sínodo sobre los jóvenes. La Asamblea sinodal, basándose una vez más en el pasaje de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), asumió la expresión *se les abrieron los ojos* (Lc 24,31), para ofrecer desde esa iluminación, algunas interpretaciones sobre el sentido de la vida humana y cristiana de los discípulos misioneros. En esta misma línea, este *Plan para la pastoral de animación vocacional* ofrece un marco teórico básico acerca de la teología de la vocación, en el cual pueda interpretarse el sentido de la vida humana, de la vida cristiana y de las vocaciones específicas en la Iglesia.

Para san Agustín, el proceso de la interioridad tiene mucho que ver con el camino personal de volver al propio corazón y de *entrar en el interior*. La segunda parte de la expresión agustiniana –“entra en tu interior”– nos va a posibilitar el siguiente momento de este *Plan de animación*. Entrar en el interior ayuda a la persona a tener un horizonte amplio desde donde interpretar el sentido de su vida, pues ahí está la Verdad. La medida de este horizonte no es una medida humana, limitada, ideológica y parcial; la medida de este nuevo horizonte es la anchura, la largura, la altura y la profundidad inmensa y maravillosa de la humanidad de Cristo. Solo Cristo ilumina todo el sentido de la vida humana y cristiana (cf. *Gaudium et spes*, 22).

2.1. Vocación

El término “vocación” tiene muchos significados dependiendo del contexto en que se use. Quizá el más común, fuera de los ambientes cristianos, es cuando se emplea para designar una forma de realización de la persona, sobretudo en el ámbito profesional. Para los cristianos tiene muchísimos sentidos. Así, por ejemplo, se habla de vocación cristiana como aquella condición de vida compartida por todos los bautizados. El término también se aplica a las diferentes formas de vida cristiana o “vocaciones específicas”. Incluso se habla de “vocación” para designar la intervención de Dios que llama a algo específico. En todos los casos está bien empleado. De ahí que sea conveniente educar al Pueblo de Dios en la comprensión acerca de la riqueza de matices que la palabra encierra.

2.2. La vocación fundamental a la vida

La primera palabra que Dios pronunció sobre el ser humano fue una llamada: ¡vive! *“Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”* (Gn 1,26). La existencia de cada persona es fruto del amor creador del Padre, de su voluntad eficiente, de su palabra creadora. El acto creador del Padre tiene la dinámica de una invitación, de una llamada a la vida. El hombre viene a la vida porque es amado, pensado y querido por una Voluntad buena que lo ha preferido a la no existencia, que lo ha amado antes de que fuese, conocido antes de formarlo en el seno materno, consagrado antes de que saliese a la luz (cf. Jer 1, 5; Is 49, 1-5; Gal 1, 15). La vocación, por tanto, es lo que explica, en la raíz, el misterio de la vida humana, y ella misma es misterio de predilección y gratuidad absoluta. [...] La vida es la obra maestra del amor creador de Dios y es en sí misma una llamada a amar (cf. *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n.16).

Al principio de la vida humana no está ni la casualidad, ni la contingencia, ni el azar, sino la presencia de un Dios que nos piensa y nos ama. Y porque Dios nos piensa y nos ama, existimos. Y es su amor el que nos mantiene en la existencia, ya que *en él vivimos, y nos movemos y existimos* (Hch 17,28). La sola existencia de cada persona nos remite a un sentido que va más allá de sí misma. La vida tiene un valor sagrado y encuentra su sentido pleno cuando se comprende como un don de Dios. Y por ser un don, conlleva también la responsabilidad de emplear el don en algo digno y bello. En este sentido, la vocación se refiere siempre a una experiencia que compromete positivamente a toda la persona y que la pone en juego delante de Dios y su amor.

La vida es un bien dado por Dios, que, desde la lógica del don, ha de entrar en la dinámica propia del don de Dios: lo que gratuitamente es recibido, deberá ser gratuitamente entregado (cf. Mt 10, 7-15). Solo cuando la vida humana se entiende como un don, que se agradece profundamente –“gracias, Señor, por la vida”–, solo entonces se pone en juego la vida para compartirla con los demás, para donarse, para entregarse a los demás. Este es el sentido fundamental de la vida que, posiblemente, tiende a olvidarse o a esconderse en nuestra cultura actual. La animación vocacional ayuda a recuperar la certeza de fe de que *la persona llega a ser ella misma y plenamente responsable de su vida cuando se hace capaz de entregarla a favor de los demás* (Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos, *Subsidio para el curso básico de pastoral vocacional en la diócesis de Querétaro*, 2019, p.47).

La pastoral de animación de las vocaciones presenta plenamente cumplida la lógica del don de Dios en Jesucristo, que dio la vida para que en él tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia (Jn 10,10). *Ustedes ya conocen lo sucedido por toda Judea, empezando por Galilea, a partir del bautismo*

que predicaba Juan. Cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y poder: él pasó haciendo el bien y sanando a los poseídos del diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y Jerusalén. Ellos le dieron muerte colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día [...], todos los que creen en él, en su nombre reciben el perdón de los pecados (Hch 11,37-40.43).

2.3. La vocación común

La segunda palabra que Dios pronunció sobre el ser humano fue otra llamada: ¡vive con los demás!: *"Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: sean fecundos"* (Gn 1,27-28). Desde su origen, el ser humano está llamado al encuentro con los demás y con Dios. Al respecto, circula un bellissimo texto del Concilio Vaticano II: *La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador (Gaudium et spes, n. 19).*

En la encarnación del Hijo de Dios en la persona de Jesucristo, se dio a conocer a la humanidad el misterio de un Dios que es familia, relaciones de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La vocación al encuentro con Dios, en Cristo, se nos descubre como una llamada al encuentro y a la relación con tres Personas. Así, por el bautismo los cristianos entramos en la danza de las relaciones trinitarias y en un diálogo de amor con un Dios que es Amor (1 Jn 4,8), y que nos ha amado primero. En este sentido, la vocación cristiana es un don de la gracia que se da a vivir en el contexto de la fe bautismal; esta es la vocación común y fundamental de todos los cristianos. Las vocaciones específicas son ya un desarrollo de la gracia bautismal. De ahí que, si no se vive la vocación bautismal, difícilmente se llega a comprender el significado y el valor de las vocaciones específicas.

El aspecto fundamental de la vocación bautismal es la conciencia que adquiere el cristiano de saberse discípulo misionero de Jesucristo. En este sentido, la promoción de las vocaciones específicas no puede desentenderse de la promoción de la vida cristiana. Al contrario, será el impulso de la vida cristiana lo que ayudará a madurar y elegir alguna de las formas de vida cristiana o vocación específica. Y la vocación cristiana es esencialmente seguimiento de Jesucristo. Ésta conlleva, por una parte, un amor vivo y personal a Cristo y, por otra, un deseo profundo de ser testigos de su misericordia y su amor en el mundo. Así pues, solo Cristo el Señor manifiesta al corazón del creyente el camino específico por el que le invita a seguirlo y a optar por él.

2.4. Vocaciones específicas

La vocación a la vida y a ser persona, va desplegando sus mejores posibilidades en la llamada a ser plenamente persona en Cristo, por el bautismo; y la vocación específica es el desarrollo de la gracia bautismal, un modo de recorrer aquel camino que conduce a cada cristiano a vivir la plenitud del amor. La siguiente descripción de vocación específica puede ayudar a comprender mejor los aspectos esenciales que la definen. *La vocación es un acontecimiento misterioso en el cual el ser humano, dialogando con Dios, adquiere la conciencia de una misión situada históricamente y se compromete en una respuesta concreta* (Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos, *Subsidio para el curso básico de pastoral vocacional en la Diócesis de Querétaro*, 2019, p. 14).

Se pueden describir cuatro niveles de comprensión de la vocación: nivel humano, cristiano, específico e institucional. Primero, el nivel humano: *solo Cristo muestra al hombre lo que es el hombre y le descubre la grandeza de su vocación* (*Gaudium et spes*, n. 22). Segundo, el nivel cristiano: *No me eligieron ustedes a mí, fui yo quien los elegí a ustedes, y los he destinado para que vayan y den fruto abundante y duradero* (Jn 15,16). Tercero, el nivel de la vocación específica que define y caracteriza la vida cristiana concretamente: vocación laical, vocación religiosa consagrada y vocación de los ministros ordenados. Y, por último, el nivel institucional, que se refiere a que las vocaciones cristianas específicas pertenecen a una institución concreta: un Presbiterio, una Orden o Congregación religiosa, una Familia, etc.

A continuación se presentan, a grandes rasgos, las vocaciones específicas de que se habla en el tercer nivel: vocación laical, vocación a la vida religiosa consagrada y vocación al ministerio ordenado.

a) Vocación laical

De acuerdo con lo que indicó el Concilio Vaticano II, a los laicos les corresponde vivir de lleno la vida secular, tanto en cada una de las actividades y profesiones como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su realidad está tejida. Es allí donde están llamados por Dios a cumplir una misión, guiándose por el espíritu de las bienaventuranzas, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la transformación del mundo, para que muestren a Cristo a los demás; brillando, ante todo, con el testimonio de su vida de fe, esperanza y caridad. A los laicos les corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y el bien de la Iglesia (cf. *Lumen Gentium*, n. 31).

La vocación de los laicos es, pues, la de ser discípulos misioneros que *buscan el Reino de Dios y su justicia* (Mt 6,33) en la realización de su condición cristiana, y tratan de organizar todos los asuntos de la vida social según el espíritu del Evangelio. Los laicos, cuya vocación los coloca en el corazón del mundo y en la realización de las más variadas tareas, deben ejercer una forma singular de evangelización. Su tarea primaria e inmediata no es la institucionalización y el desarrollo de la comunidad eclesial –esa es la tarea específica de los pastores–, sino la de poner en práctica todas las posibilidades contenidas en el Evangelio dentro de la vida social. El campo de su actividad es la política, lo social, la economía, la cultura, las ciencias, el arte, los medios de comunicación, la educación, etc. (cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 70).

En la Orden de Agustinos Recoletos se han institucionalizado varios ámbitos de crecimiento específicos para la vida laical, que ofrecen una ayuda en la realización de la vocación secular. Estos ámbitos laicales beben en su itinerario discipular de las fuentes de la espiritualidad agustiniana y de la tradición recoleta, y son las Fraternidades Seglares Agustino Recoletas (FSAR), el movimiento de las Juventudes Agustino Recoletas (JAR), y la Asociación Madres Cristianas Santa Mónica (madres que asumen un compromiso de orar sobre todo, por sus hijos y maridos, al estilo de santa Mónica). Llegar a formar parte de estos espacios de crecimiento en la vocación laical, conlleva también acoger la llamada de Dios a ser discípulos misioneros al estilo de san Agustín.

Algunos ejemplos de formas de vida cristiana laicales:

- Matrimonio-viudez.
- Familia-maternidad-paternidad.
- Soltería.
- Profesionalidad (educación, sanidad, política, economía, cultura, etc.).
- Virginidad consagrada (vírgenes laicas consagradas).
- Misión “*ad gentes*” (misiones donde la Iglesia aún no está implantada).
- Vida comunitaria (comunidades de base, fraternidades seglares, etc.).
- Etc.

b) Vocación al ministerio ordenado

Todo bautizado recibe el regalo, a través del sacramento del agua y del Espíritu, de ser hijo de Dios Padre en el Hijo. Existe una vocación común para todos los discípulos de Jesucristo que nos abre, a su vez, a la misión. Así, en Cristo, cada bautizado es profeta, es rey y es sacerdote. Es profeta porque anuncia la presencia del Dios vivo que conduce la historia; es rey porque da paso con su vida al reinado del amor de Dios en el mundo; y es sacerdote porque celebra y participa en los signos sacramentales que hacen posible la propia santificación y por los que se da gloria a Dios. A este sacerdocio se le

conoce como sacerdocio común de los fieles. Y se diferencia del sacerdocio ministerial en que este forma parte, por una llamada particular, del sacramento del Orden.

Los obispos tienen, por un don de la gracia, la plenitud del sacerdocio de Cristo y se los asocia al ministerio de los apóstoles. En el trascurso de la historia de la Iglesia, los obispos son los sucesores de los primeros discípulos a los que Jesús vinculó estrechamente a su vida y misión, conocidos también como el grupo de los Doce. Los presbíteros –del griego “ancianos”–, unidos al obispo, ejercen el sacerdocio de Cristo; esta es su misión. Por el ejercicio del sacerdocio ministerial, tanto los obispos como los sacerdotes, viven la caridad pastoral propia de Cristo, Buen Pastor, quien reflejó con sus palabras y signos la misericordia del Padre. Y los diáconos, ya sean permanentes o estén orientados al sacerdocio ministerial, manifiestan la caridad de Cristo que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida por los demás (cf. Mt 20,28).

El ministerio ordenado en cualquiera de los tres grados del sacramento del Orden –obispos, presbíteros o diáconos– se configura con Cristo, Cabeza, Pastor y Siervo de la Iglesia. La misión del ministro ordenado es la de practicar la caridad pastoral, propia de quien acompaña al Pueblo de Dios al estilo de Cristo, Buen Pastor. Y apacientan al Pueblo de Dios sobre todo a través de la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la animación del servicio de la caridad. Por el sacramento del Orden reciben la fuerza del Espíritu para ser testigos ante el mundo, de los misterios de la fe y servidores de la comunidad humana y eclesial.

Algunos ejemplos de formas de vida cristiana del ministerio ordenado:

- Celibato por el reino de los cielos (*no es esencial para el ministerio ordenado*).
- Matrimonio-viudez-paternidad y ministerio ordenado.
- Profesionalidad (comunicaciones, educación, etc.).
- Trabajo en equipo (clero secular).
- Vida común (fraternidades sacerdotales).
- Misión “*ad gentes*” (misiones donde la Iglesia aún no está implantada).
- Etc.

c) Vocación a la vida religiosa consagrada

El Concilio Vaticano II dio carta de ciudadanía a la vida consagrada en la Iglesia dejando por sentado que, *el estado cuya esencia está en la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de una manera indiscutible, a su vida y a su santidad (Lumen Gentium, n. 44)*. A la vida consagrada se la sitúa en la estela de la vida y la santidad de la Iglesia; es una forma de vida cristiana para vivir

la plenitud del amor en bien de todo el Cuerpo de Cristo (*Lumen Gentium*, n. 43). En este sentido, la vocación a la vida consagrada consiste en una respuesta de amor, desde la capacidad humana, al amor con que un discípulo o una discípula de Jesucristo se han sentido inmensamente amados.

La vida religiosa, como una forma más de vida cristiana, encuentra su inspiración y su fundamento en Cristo, el Consagrado del Padre. Y de modo especial, se puede decir que la vida consagrada ha encontrado en el texto de las bienaventuranzas el horizonte de interpretación del sentido de su vocación y misión. Y la llamada a la vida consagrada custodia esta radicalidad: que el amor de Dios lo vale todo, incluso la propia vida y todo lo que ella comprende de bonito y maravilloso. Por lo tanto, más allá de lo que hagan los religiosos, porque ciertamente realizan muchas tareas importantes en la Iglesia y en el mundo, su misión fundamental es ser signo de pertenencia exclusiva a Dios.

La vida consagrada ha brotado en la Iglesia como un don del Espíritu Santo, a modo de un prisma que irradia la única luz de Cristo con distintos colores y matices. Como vida cristiana, su propósito es seguir a Jesucristo según las huellas que marcaron sus pisadas en la historia y que se recogen en los evangelios. Y su horizonte de vida es el de vivir la plenitud del amor en el encuentro diario con el Señor. Cultiva, según el propio carisma, una vida fraterna en comunidad o vida en la soledad, pero siempre sirviendo al pueblo de Dios ya sea con la oración, ya con las obras de caridad, ya con las obras de misericordia. Como toda vida cristiana, su objetivo es la santidad.

Un elemento específico de la vida religiosa es que la persona hace un don de su propia vida a Dios, para consentir que el Señor tenga la exclusiva de su corazón. Y esta donación de sí se expresa a través de la profesión de los *consejos evangélicos*. ¿Qué es un consejo evangélico? Es un valor que se propone en el evangelio y es digno de ser vivido porque el mismo Cristo lo hizo parte importante de su estilo de vida histórico. Los consejos evangélicos son la obediencia, la pobreza y la castidad. Un religioso, pues, refiere con su vida algo de Cristo obediente al Padre, algo de Cristo pobre de espíritu y algo de Cristo que tiene la pasión de su corazón en Dios, su Padre, y en la humanidad que ama, hasta dar la vida por ella.

Algunos ejemplos de formas de vida cristiana de los religiosos consagrados:

- Vida comunitaria (varios viviendo en una misma casa).
- Vida eremítica (en soledad).
- Vida contemplativa (monjes y monjas de clausura).
- Vida activa-apostólica.
- Vida mixta (combina la contemplación y el apostolado).
- Profesionalidad (en el campo de la educación, la sanidad, las comunicaciones, etc.).
- Etc.

d) Armonía de las vocaciones específicas

Cada una de las vocaciones cristianas específicas tienen su cometido y finalidad propios como formas de seguir a Cristo. Y cada vocación comprende un camino en el que se profundiza y desarrolla la gracia bautismal. Un elemento importante de la "cultura vocacional" es hacer comprender al Pueblo de Dios que todas las vocaciones cristianas tienen la misma dignidad y que, por lo tanto, ha de darse una complementariedad entre ellas. *Es hermoso comprender a la Iglesia como una armonía vocacional, en la que todos tienen algo importante que aportar y en la que no se oponen unos ministerios a otros, sino que se integran en un único Pueblo de Dios y se complementan en orden a la edificación de ese pueblo* (Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos, *Subsidio para el curso básico de pastoral vocacional en la diócesis de Querétaro*, 2019, p.72).



Parte II

sembrar

SEGUNDA PARTE

Sembrar

“Salió el Sembrador a sembrar”
(Mt 13,3)

La parábola del sembrador ilumina, una vez más, el sentido de la siguiente acción pastoral encaminada al despertar vocacional. En el contexto del evangelio de san Mateo, tenemos a un Jesús en salida que va y se acerca a la orilla del mar (Mt 13,1). El mar no es únicamente un lugar geográfico, sino también un símbolo de la misma vida humana. En este sentido, la “orilla del mar” es una imagen que expresa la proximidad propia de Jesús con su pueblo. Ahí, en la orilla del mar, están las personas, viven, se relacionan, construyen sus sueños... Se reúne tanta gente en torno a Jesús porque se mete de lleno en la vida del pueblo, se involucra a fondo con su realidad –*se sube a una barca que está en el mar* (Mt 13,2)– y le habla al corazón: *Salió el sembrador a sembrar* (Mt 13,3). La gente se quedaba a la orilla del mar, atenta a lo que Jesús les decía en parábolas.

Jesús es el sembrador, el agricultor divino, que esparce en los surcos de la historia humana la belleza de la vida nueva. En aquel lugar geográfico más bien árido y duro para la siembra, Jesús propone una buena noticia que llena de alegría los corazones de sus oyentes. Les habla de una cosecha donde los frutos serán abundantes, incluso hasta del ciento por uno. La semilla que Jesús siembra es una semilla distinta, con una fuerza germinal insospechada, que en buena tierra –los corazones preparados y dispuestos– se vuelve maravillosamente fecunda.

La V Conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, en Aparecida –Brasil, habló en repetidas ocasiones de una *evangelización kerigmática*, que parte siempre del encuentro con Cristo; de la siembra del encuentro vivo con Cristo y su Palabra. *Quienes serán sus discípulos ya lo buscan* (cf. Jn 1,38), *pero es el Señor quien los llama: sígueme* (Mc 1,14; Mt 9,9). Se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda, y se ha de propiciar el encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana. Este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del kerigma y la acción misionera de la comunidad. El kerigma no *solo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo* (Aparecida, n. 278).

No cabe ya la menor duda de que la siembra paciente del encuentro con Cristo es el corazón mismo de la animación vocacional. La tarea del animador

vocacional ha de asemejarse a la iniciativa del Maestro, que siembra con generosidad las semillas del Reino en el corazón humano. Al respecto, el Papa San Pablo VI se dirigió a las comunidades cristianas en estos términos, *que nadie, por culpa nuestra, ignore lo que debe saber para orientar en un sentido diverso y mejor la propia vida* (cf. Pablo VI, *Mensaje para la XV jornada mundial de oración por las vocaciones* 1979). En este sentido, uno de los objetivos principales de la animación vocacional es que en todas las comunidades se propongan los medios para un auténtico despertar vocacional. ¿Cómo alcanzar este objetivo? A través de la proclamación del *kerigma vocacional*.

¿Qué es el kerigma vocacional? El contenido concreto del kerigma vocacional se puede resumir del siguiente modo: *"Tu vida no es resultado de la casualidad o de un error, se ha originado en el amor y ha sido creada por Dios. Por ello puedes estar seguro de que eres incondicional y definitivamente amado. Este amor originario ha impreso en tu existencia un orden, según el modelo de Cristo. Tu vida tiene un sentido objetivo que necesitas descubrir poco a poco. Se trata de un don que no se agota en ti mismo, porque se ordena a los demás. Desarrollar ese don es tu tarea. Cuando asumes este designio y esta dirección, tu libertad adquiere un nuevo sentido, absolutamente original"* (Emilio Lavaniegos González y Rubén Barrón Porcayo, *El Kerigma vocacional. Materiales para un primer anuncio de la vocación*, México, 2009).

El kerigma vocacional procura, por tanto, sembrar el encuentro con Cristo. En este sentido, el Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica, *Deus caritas est* –Dios es amor–, señaló al respecto que *"no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"* (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1). Lo fundamental es pues, encontrarse con Cristo y *"amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas"* (Dt 6,5).

Incluso, además de sembrar el encuentro con Cristo, la pastoral de la animación de las vocaciones anuncia a todos y siempre que, en Cristo, cada ser humano tiene una misión en este mundo. Así pues, la siembra vocacional se centra también en el esfuerzo alegre y generoso de pregonar, del modo más concreto y entendible posible, que todos tenemos una misión que cumplir en esta tierra. En este sentido, el papa Francisco se dirigió a los jóvenes con estas palabras: *"Les recuerdo que la misión no es solo una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo"* (Francisco, *Christus vivit*, n. 254).

Elegir

El tercer verbo que se emplea en la metodología del Sínodo sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* es “elegir”. Los padres sinodales, basándose en el texto del evangelio de Lucas –*partieron sin demora*– (Lc 24,33), hablaron del cambio radical acontecido en la vida de los discípulos de Emaús, una vez que se encontraron con el Resucitado. El encuentro con Cristo origina en la vida del discípulo misionero un cambio de dirección que tiene que ver, sobre todo, con la vuelta a la comunidad, con llevar el gozo en el corazón mientras se camina y se comunica la fe. Desde esta perspectiva, con el verbo “elegir” los padres sinodales describen la conversión y el cambio de vida del discípulo misionero; ese giro de 180° que le compromete a fondo en la vida.

Lo acontecido con los peregrinos de Emaús, se presenta en el evangelio de Lucas como una experiencia espiritual orientada a animar la vida cristiana de los discípulos misioneros de todos los tiempos y, en especial, a iluminar el camino de los jóvenes. Se trata, por tanto, de posibilitar el mismo itinerario discipular en ellos: *“de escuchar la Palabra pasar a la alegría de un encuentro con Cristo que llena el corazón, que da sentido a la existencia e infunde nueva energía. Las caras se iluminan y el viaje recupera su vigor: es la luz y la fuerza de la respuesta vocacional lo que se convierte en una misión hacia la comunidad y el mundo entero. Sin demora y sin temor, los discípulos eligen regresar a sus pasos para alcanzar a los hermanos y presenciar su encuentro con Jesús resucitado”* (Documento conclusivo del sínodo sobre los jóvenes, n. 114).

Para san Agustín, el proceso de la interioridad también tiene que ver con el camino personal de descubrir en el propio corazón una presencia que refiere toda la verdad sobre la propia vida: *“en el interior habita la verdad”*. La tercera parte de la expresión agustiniana –*en el interior habita la verdad*– explica el sentido del siguiente momento de este *Plan de animación de las vocaciones*. Para la espiritualidad agustiniana llegar a descubrir la verdad en el propio corazón no consiste únicamente en dar con las respuestas filosóficas acerca del sentido de la vida, sino en encontrarse con una Persona, con Cristo, con la Verdad.

Así pues, solo cuando se descubre la presencia de Cristo en el corazón y él lo baña con su luz, se puede abrazar en verdad el estilo de vida cristiana

como un camino de felicidad. Desde este punto de vista, es fundamental realizar, como una actividad pastoral específica, la siembra vocacional, esto es, ayudar a advertir la presencia de Cristo en el corazón. Por lo tanto, la misión del animador vocacional tiene mucho que ver con invertir tiempo, recursos y, sobre todo, una presencia constante y tenaz, de modo que se posibilite el encuentro con Cristo y con su Palabra ahí, en lo hondo del corazón humano.

3.1. El kerigma vocacional

La Exhortación Apostólica postsinodal *Christus vivit*, vive Cristo, del Papa Francisco, ofrece una presentación breve y completa del *kerigma cristiano* para jóvenes (cf. Francisco, *Christus vivit*, nn. 111-133). Por lo cual, no hay necesidad de repetir lo que ahí se sugiere. Sin embargo, se recogen en este *Plan de animación* algunos elementos esenciales del anuncio sobre la fe cristiana para todos los cristianos y, en particular, para los jóvenes. Estas realidades troncales de la fe cristiana son: anunciamos a un Dios que es Amor y que ama a cada ser humano de forma personalísima; proclamamos que Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarnos y que él vive y nos quiere llenos de vida; pregonamos que la vida de Dios la recibimos como un don por el Espíritu Santo, pues Él es Señor y dador de vida.

Estas tres grandes verdades, que nunca deberían callarse y que todos los discípulos misioneros necesitamos escuchar, tienen consecuencias profundas y directas para posibilitar un despertar vocacional. Toda vocación es, en esencia, un encuentro y un diálogo entre Jesús el Señor que llama y alguien que le escucha y le responde en un momento y lugar concretos de su historia personal, eclesial y social. Es siempre el Señor quien llama: “Sígueme” (cf. Mc 1, 14; Mt 9, 9). Y la animación vocacional es un auténtico servicio de mediación que tiene por objetivo actualizar y prolongar ese decisivo encuentro con Cristo. Su labor debe centrarse en ayudar a que otros adviertan cómo el Señor pasa por sus vidas, los elige y los llama a dejarlo todo para seguirle.

3.2. Para un despertar vocacional

Al anuncio de las verdades fundamentales de la fe cristiana se le denomina “siembra vocacional” porque se trata de depositar una semilla –*el kerigma vocacional*– en la tierra buena del corazón humano. Tal simiente, aunque parezca una verdad simple y sencilla, contiene en sí un germen de vida nueva enorme, que representa un auténtico “despertador” del sentido vocacional de la vida. Este anuncio del kerigma vocacional es una realidad prioritaria y preferente porque, como expresión del kerigma evangélico, es “*la prioridad absoluta en la transmisión de la fe*” y “*debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial*” (Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 110 y 164).

Ahora bien, ¿qué se quiere decir, en concreto, cuando se habla de un “despertar vocacional”? Se trata de ayudar, a través de la proclamación del kerigma vocacional, a advertir la presencia de Dios y enseñar a captar la novedad que el encuentro con Cristo trae para la propia vida. Y ¿cómo se acompaña este despertar vocacional en el crecimiento de la fe? De entrada, conviene tener en cuenta que en la cultura actual se pueden dar –y de hecho se dan– algunos obstáculos que impiden o entorpecen un despertar vocacional, como son: un estilo de vida superficial, un acentuado narcisismo, un excesivo ruido exterior e interior, una mentalidad conformista, una búsqueda exacerbada de gratificaciones inmediatas, etc. Este *Plan de animación vocacional* asume dos grandes estrategias para sortear tales obstáculos de cara al despertar vocacional.

3.3. Enseñar a advertir

Todo comienza con la conciencia de estar delante de una Presencia, es decir, por la capacidad de advertir que Dios está presente en toda la realidad y, especialmente, en el interior del ser humano, y quiere encontrarse con él y comenzar un diálogo de amor. Parte de la labor de la animación vocacional consiste en ayudar a recuperar una habilidad mínima de contactar consigo, reflexionar y concentrarse en considerar las cosas importantes de la vida. Por lo cual, enseñar a advertir las cosas con cierta profundidad, constituye una estrategia básica para abandonar el reclamo inmediato y demandante de las mil preocupaciones que llenan el día y que distraen la atención acerca de lo que de verdad importa.

La pedagogía de la animación de las vocaciones está recuperando cada vez más la importancia de la iniciación en el misterio de Dios, también conocida como *mistagogía*. El itinerario del discípulo de Cristo arranca de la experiencia humana del asombro que conmueve la totalidad de la persona, la hace adquirir conciencia de sí, provocando en ella fascinación, vértigo y admiración. Solo entonces la vida deja de ser obvia y se torna maravillosa; lo ordinario se reviste de una tonalidad más luminosa. La experiencia de asombro permite, pues, mirar constantemente las cosas de una manera distinta. En la experiencia espiritual cristiana nada despierta tanta fascinación como experimentar en el corazón que *“no es que nosotros le hayamos amado primero, sino que Dios nos amó primero”* (1 Jn 4,9-10).

3.4. Educar para el silencio y la escucha

Para llegar a comprender el llamado del Señor es fundamental hacer silencio y escuchar, en la fe, la voz de Dios. La misma experiencia vocacional de san Agustín tiene su origen en la capacidad de silenciarse y escuchar a

Dios: *llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera* (*Confesiones*, 10,27,38). El servicio de la animación de las vocaciones facilita dos recursos imprescindibles para acallar los ruidos exteriores e interiores, y propiciar así el silencio interior. Por una parte, ofrece espacio y lugares para el silencio y la soledad en clave de encuentro con Dios, y, por la otra, presenta herramientas con el fin de señalar el viaje hacia lo profundo del propio corazón. Para este propósito, el ejercicio de la *lectio divina* constituye una metodología privilegiada para el encuentro con Dios y para vivirse como un discípulo oyente de la Palabra.



Parte III

cultivar

TERCERA PARTE

Cultivar

*“Un hombre que sembró un campo”
(Mc 4,26)*

¿Qué le corresponde al animador vocacional en la tarea de la promoción de las vocaciones, es decir, al sembrador humano? Un texto del evangelio de san Marcos nos da la mejor respuesta: *“Jesús les dijo: el Reino de Dios es como un hombre que sembró un campo; de noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla germina y crece sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce fruto: primero el tallo, luego la espiga, y después el grano en la espiga. En cuanto el grano madura, mete la hoz, porque ha llegado la cosecha”* (Mc 4,26-29). La animación de las vocaciones necesita alimentarse continuamente de la certeza de fe que, a partir de la siembra vocacional, se genera un proceso dinámico y paradójico que da muchos frutos, y que va más allá de la eficiencia y eficacia de su labor; es ante todo un asunto de Dios.

El acompañamiento vocacional está llamado a participar de la misma lógica del evangelio: la semilla sembrada crece progresivamente en el silencio, de forma apenas perceptible, más allá de los éxitos y fracasos humanos, pues es Dios mismo quien la hace crecer. Por supuesto que esta consideración no va en descrédito de la participación humana, pues esta tiene un papel importante tanto en la preparación del terreno, como en la acción de depositar la semilla en la tierra. Pero llega un momento en que el siguiente paso es contemplar con gratitud y admiración el crecimiento de la cosecha. Y, por último, toca recoger la cosecha. Así pues, el acompañante vocacional se asemeja a la intervención del agricultor humano: genera la cultura vocacional, realiza la siembra paciente, acompaña el desarrollo de las vocaciones y le entrega los frutos a Dios.

La tercera parte de este *Plan de animación de las vocaciones* se centra en la importancia del acompañamiento para el discernimiento y la decisión vocacional. El acompañamiento vocacional consiste en la ayuda humana y espiritual que un hermano mayor en la fe y en el discipulado de Cristo presta a otro hermano que recorre el camino de búsqueda, reconocimiento y decisión vocacional. Es un tiempo específico de compromiso mutuo entre el acompañante y el acompañado, hasta que se ilumina en el acompañado la certeza irrenunciable de que el Señor lo está llamando para algo muy con-

creto. Se trata de acompañar el itinerario discipular que conduzca al creyente a madurar el camino que Dios le presenta para vivir la plenitud del amor.

¿Cómo realizar este acompañamiento? Volviendo una y otra vez a Jesús, pues su modo de acompañar crea un estilo de acompañamiento que no pasa de moda: *Jesús mismo se acercó y caminó con ellos* (Lc 24,15). Hoy también Jesús, el Cristo resucitado, quiere trabajar, a su estilo, junto con cada joven, aceptando sus expectativas, incluso si están decepcionados, y sus esperanzas, incluso si son inadecuadas. Por lo tanto, ayer, hoy y siempre, Jesús, a través de su Iglesia, camina, escucha y entusiasma el corazón de los jóvenes mientras hace el camino con ellos (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 5).

En el Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes, se señaló que los mismos jóvenes han pedido que se recupere la figura del acompañante (n. 99). El servicio de acompañamiento es una misión inaplazable, que pide toda la disponibilidad y generosidad de quienes lo realizan. En este sentido, el acompañamiento requiere que se esté disponible al Espíritu del Señor para recorrer el camino que transitan los acompañados. Un buen acompañante pone en juego las cualidades y habilidades que reconoce en el acompañado y, luego, tiene el valor de apartarse con humildad y dejar que el acompañado recorra el camino que eligió (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 101).

El mismo Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes presentó el perfil del acompañante que los jóvenes necesitan y reclaman para este momento de la historia: *un buen acompañante es una persona equilibrada, que escucha, que proporciona fe y oración, que se ha medido con sus propias debilidades y fragilidades. Por esta razón, él sabe cómo ser acogedor con los jóvenes a quienes acompaña, sin moralizar y sin falsas indulgencias. Cuando es necesario, también puede ofrecer la palabra de corrección fraterna* (*Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 102).

De igual forma, con realismo y belleza, las conclusiones del Sínodo apuntan que es necesario que un acompañante sea una persona libre, *que respeta el resultado del viaje de quien acompaña, apoyándolo con la oración y alegrándose de los frutos que el Espíritu Santo produce en aquellos que abren sus corazones, sin tratar de imponer su parecer o sus preferencias*. Y más adelante se indica que, *solo desde la libertad podrá ponerse al servicio en lugar de pretender ocupar el centro de la escena y asumir actitudes posesivas, manipuladoras o directivas, que originen dependencia y lastime la libertad de los acompañados* (*Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 102).

De acuerdo con el Sínodo sobre los jóvenes, para llegar a ser un buen acompañante es necesario cultivar con esmero algunas dimensiones impor-

tantes de la vida cristiana, tales como: cuidar una vida espiritual profunda, que nutra la relación con Aquel que le asignó esa misión, recibir capacitación específica para realizar este ministerio, dejarse, a su vez, acompañar y beneficiarse de una supervisión. Y, por último, es fundamental para el acompañamiento la capacidad de trabajo en equipo y vivir la espiritualidad de comunión (cf. *Documento conclusivo del Sínodo sobre los jóvenes*, n. 103). Los requisitos para ser acompañante, por tanto, son exigentes y no todo el mundo está en condiciones de realizar un buen acompañamiento; es importante prepararse para acompañar.

Decálogo *agustiniano* para el acompañamiento vocacional:

1. *Se realiza de corazón a corazón*, es decir, desde Jesucristo, desde mi verdad, desde las propias limitaciones y vulnerabilidad; conectando desde mi centro vital con el acompañado.
2. *Parte del compromiso de que el acompañante ha recorrido previamente el camino que invita a transitar al acompañado*. La orografía se reconoce porque el acompañante ya ha estado en ella. Ciertamente, el acompañante no ha recorrido todos los senderos existentes, ni los modos posibles de ser vividos, sino que ha llegado a metas y, por esta razón, sabe orientar hacia ellas.
3. *El acompañante sintoniza con el momento vital de búsqueda y encuentro del acompañado*. Desde los deseos más profundos de su corazón, el acompañante llega a representar “sentido de vida para el otro”. Se presta especial atención a los dinamismos espirituales y psicológicos de la persona acompañada, que la colocan en un momento concreto de su itinerario de fe.
4. *El acompañante advierte la dirección del deseo profundo de la persona acompañada*. El acompañante recorre el camino del acompañado desde la incertidumbre y la sublimidad de los propios deseos que, en ocasiones, entusiasman, pero que también a veces frustran. El acompañante reconoce la presencia o ausencia de Dios en estos deseos.
5. *El acompañante ayuda a dar el salto cualitativo (conversión) que busca y necesita la persona acompañada*. En este sentido, orientación hacia el salto cualitativo que se intuye que el acompañado necesita y Dios le pide.
6. *El acompañamiento se da en la relación de amistad*, y que muestra a un peregrino que camina con otro peregrino, como el mismo Jesucristo.
7. *El acompañante está con la persona acompañada desde la humildad y la felicidad*. Ese camino ha de estar marcado por la actitud de la humildad: “*primero, la humildad, segundo la humildad, tercero la hu-*

mildad; y cuantas veces me lo preguntes te responderé lo mismo” (San Agustín, Carta 118, 22; cf. Confesiones X,43,68).

8. *El acompañante propone la Palabra de Dios como la luz intensa que ilumina los trazos del camino.* El proceso de maduración y decisión vocacional ha de estar pues, atravesado por el sentido bíblico de la vida.
9. *El acompañante ama en Cristo a la persona acompañada.* ¡Sí, la ama! Amor que se traduce en cuidado y atención, en preocupación por la persona y su felicidad.
10. *El acompañante conduce pedagógicamente al acompañado a la experiencia de vivir en comunidad, a sentirse piedra viva en la Iglesia de Cristo.*

Salir

Continuando con la metodología de los verbos asumida por este *Plan de animación de las vocaciones*, el siguiente verbo es “salir”. La vida cristiana tiene una dimensión esencial de salida. Un cristiano es, de por sí, un peregrino que marcha hacia un destino de felicidad en Dios. Cristo mismo nos da un ejemplo de esto. Él es el enviado del Padre, que sale de sí mismo. Sin abandonar su condición divina, se hace hombre, uno como nosotros, sangre de nuestra sangre. Cristo pasó por este mundo haciendo el bien y curando a los enfermos; iba por todos los lugares, haciendo presente el Reino de Dios. Cristo es, pues, el camino porque él mismo salió a recorrer las encrucijadas de la vida humana e hizo de sí un don para que en él otros experimentaran su amor incondicional.

La animación de las vocaciones, por ser una actividad pastoral eclesial, acompaña los pasos de la Iglesia en salida, que nació para evangelizar. Ahí donde llega la luz del Evangelio y se experimenta la alegría de la fe, ahí mismo la pastoral vocacional realiza su vocación y misión acompañando el camino creyente, hasta que los nuevos discípulos vivan la vida en Cristo. Con el verbo *salir*, pues, se pretende señalar el proceso de llegar a ser plenamente persona más allá de sí, en Cristo. Y a través del acompañamiento vocacional se diseñan los trazos del nuevo proyecto de ser persona en Cristo, a partir de la respuesta a la vocación. Por lo tanto, se acompaña el proceso que va desde que se percibe en el corazón humano la intuición irrenunciable propia de una llamada divina, hasta que esta se concreta libremente en una opción de vida cristiana.

El proceso de la interioridad agustiniana también arroja luz sobre esta parte del *Plan de animación de las vocaciones*. El viaje que san Agustín propone para salir de la dispersión y regresar al corazón, comprende fundamentalmente un acto de la conciencia creyente: “y si te descubres limitado...”. En el reconocimiento por parte del hombre de su *ser criatura de Dios*, re-descubre su mejor posibilidad; no es una dependencia que limita, sino una relación que lo promueve. En este sentido, es clave la humildad para reconocer que el ser humano es “*humus*”, tierra, y que se encuentra limitado por esta realidad. Por lo tanto, el hecho de descubrirse limitado, obliga al creyente a salir de sí

y a recorrer el camino que le propone Cristo para llegar a ser plenamente él mismo más allá de sí.

He aquí un itinerario vocacional para el discípulo misionero en salida:

4.1. Acompañar la conversión del corazón

El acompañamiento vocacional es el eje transversal que atraviesa todo el proceso de búsqueda, discernimiento y decisión vocacional. En este sentido, el acompañamiento es una de las tareas más delicadas del animador vocacional: a él le corresponde despertar y ayudar a discernir las distintas opciones específicas de vocación en la Iglesia. El acompañamiento da lugar a una relación de confianza y a un camino compartido; un estilo cristiano que tiene que ver con compartir el “pan del camino”. Y precisamente este pan está relacionado con la experiencia espiritual cristiana de la transformación del corazón, de modo que tenga cabida a la vida nueva en Cristo. Por lo tanto, el primer paso es acompañar la conversión del corazón.

El Documento de Aparecida, al hablar de la experiencia religiosa, indica lo siguiente: *“En nuestra Iglesia debemos ofrecer a todos nuestros fieles un encuentro personal con Jesucristo, una experiencia religiosa profunda e intensa, un anuncio kerigmático y el testimonio personal de los evangelizadores, que lleve a una conversión personal y a un cambio de vida integral”* (Aparecida, n. 226). Se propone, por tanto, abrir a través del acompañamiento, un auténtico proceso de conversión del corazón a partir del encuentro con Cristo y su invitación a seguirlo. La conversión personal despierta en el discípulo la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de la vida, comenzando por el propio ser (cf. *Aparecida*, n. 366).

En la misma Conferencia de Aparecida se habló de la conversión en estos términos: *“Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en él por la acción de su Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida”* (Aparecida, n. 278). Ahora bien, acompañar la conversión *“exige salir de los propios esquemas pre-confeccionados, encontrándolos allí donde están, adecuándose a sus tiempos y a sus ritmos; significa también tomarlos en serio en su dificultad para descifrar la realidad en la que viven y para transformar un anuncio recibido en gestos y palabras, en el esfuerzo cotidiano por construir la propia historia y en la búsqueda más o menos consciente de un sentido para sus vidas”* (Documento preparatorio para el sínodo sobre los jóvenes, parte II).

4.2. Acompañar la educación del discípulo

Educar viene del latín *e-ducere*, y significa “sacar, extraer, hacer salir fuera algo que se tiene dentro”. De cara al acompañamiento vocacional, se trata de un verdadero ejercicio de ayudar a dar a luz la verdad interior, aquello que

el educando lleva en su corazón. Un momento clave del acompañamiento es ofrecer herramientas para que el discípulo joven se conozca a sí mismo: sus debilidades y cualidades, miedos y anhelos profundos, necesidades y deseos, etc. A través del esfuerzo personal de hacer emerger la verdad que cada uno lleva inscrita en su ser, se favorece una libertad profunda para la respuesta vocacional. En este sentido, el proceso de educación vocacional es muy parecido al proceso de germinación de una semilla, ya que ésta despliega la fuerza que lleva dentro para comenzar a manifestar la originalidad de su ser.

En el *Documento de Aparecida* se habla ampliamente de la dimensión discipular de la vida cristiana. Se indica que el discipulado es un aspecto clave del itinerario cristiano: *“La persona madura constantemente en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús maestro, profundiza en el misterio de su persona, de su ejemplo y de su enseñanza. Para este paso es de fundamental importancia la catequesis permanente y la vida sacramental, que fortalecen la conversión inicial y permiten que los discípulos misioneros puedan perseverar en la vida cristiana y en la misión en medio del mundo que les desafía”* (*Aparecida*, n. 278). En el ejemplo y la doctrina del Maestro, el discípulo encuentra motivos para vivir y servir, se decide a ser amigo de Cristo e ir tras de él, educando su forma de pensar y de vivir, y aceptando alegremente la cruz de Cristo.

La experiencia vocacional de todo discípulo de Cristo es un camino progresivo de discernimiento interior y de maduración de la fe, que conduce a descubrir la alegría del amor y la vida en plenitud en la entrega y en la participación en el anuncio de la Buena noticia (cf. *Documento preparatorio para el Sínodo sobre los jóvenes*, parte III). En este sentido, el discípulo madura en el conocimiento, el amor y el seguimiento de Jesús Maestro, a través de un proceso de discernimiento vocacional y de momentos fuertes de silencio, contemplación y diálogo con el Señor. Así mismo, conviene tener presente que la vocación del discípulo misionero descansa en la verdad profunda de la persona. Por lo cual, a través del acompañamiento, se facilita el conocimiento de sí, de modo que el “vocacionado” profundice en el misterio de su persona a la luz de la persona de Cristo.

4.3. Acompañar la formación para la comunidad

El animador vocacional en el ejercicio de la tarea del acompañamiento propone a quien hace camino un prototipo de ser hombre, el de Cristo. Indudablemente la persona de Jesucristo está siempre presente en el horizonte de la vocación del que es llamado. Ahora bien, en esta etapa del proceso adquiere una importancia particular, ya que es el momento en que se pro-

pone a la persona llamada una forma, un modo de ser y de vivir, en la que ella misma reconoce su identidad, la verdad de su vida, la medida del amor con que es amada. Cristo es, al mismo tiempo, el Formador y la forma. El acompañante es una mediación de la acción de Dios, que ayuda al discípulo a reconocer esta llamada y a dejarse transformar por ella.

En el Documento de Aparecida se indicó también la importancia de la comunidad como un agente formador clave en el itinerario del discípulo misionero: *“No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos. Como los primeros cristianos, que se reunían en comunidad, el discípulo participa en la vida de la Iglesia y en el encuentro con los hermanos, viviendo el amor de Cristo en la vida fraterna solidaria. También es acompañado y estimulado por la comunidad y sus pastores para madurar en la vida del Espíritu”* (Aparecida, n. 278). Así pues, la comunidad cristiana es por excelencia la comunidad vocacional; favorece el despertar vocacional de sus miembros y los acompaña hasta que iluminen en Cristo el sentido de sus vidas.

La mayor dificultad en el servicio de la animación vocacional hoy en día no radica tanto en la comprensión de la teología de la vocación, cuanto en la apertura a la nueva modalidad de la praxis pastoral y en la poca implicación de toda la comunidad cristiana en la animación de las vocaciones. Cierto, sigue habiendo unos responsables directos del servicio de la animación vocacional. Sin embargo, tiene que quedar claro que la animación de las vocaciones es asunto y tarea de toda la comunidad; es la Iglesia, comunidad de los con-vocados, la madre de todas las vocaciones. Teniendo pues, en cuenta que toda comunidad cristiana, sea del tipo que sea, es una comunidad vocacional, no puede faltar dentro del acompañamiento el ofertar “experiencias comunitarias de puertas abiertas” que ayuden al discernimiento vocacional.

4.4. Acompañar el discernimiento de la misión

El proceso vocacional acompaña el itinerario del discípulo misionero para que se disponga a acoger la llamada divina y pueda dar una respuesta libre. El elemento decisivo de este proceso es la acción del Espíritu Santo en el corazón creyente. Por eso, el discernimiento vocacional consiste esencialmente en la escucha atenta del Espíritu Santo, que es quien guía la vida de todo creyente y le muestra el camino concreto por el que Dios le quiere ir llevando. Hacer un discernimiento vocacional es escuchar y comprender la voz “silenciosa y potente” de Dios en los entresijos de la vida, relativizar los condicionamientos humanos que debilitan la percepción de esa voz, y acompañar y sostener el crecimiento de la respuesta a la llamada.

La Conferencia de Aparecida dio mucha importancia a la misión como el desenlace natural del itinerario discipular; todo discípulo lo es en la medida en que es misionero. *“El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo con la propia vocación y el momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentra la persona”* (Aparecida, n. 278).

Un buen discernimiento se alimenta de la familiaridad con el Maestro y su Palabra. Al respecto, la *Lectio divina* constituye un método privilegiado para afinar en el discernimiento vocacional. De hecho, en una sociedad cada vez más ruidosa, que propone una superabundancia de estímulos, un objetivo fundamental de la animación vocacional es ofrecer ocasiones para saborear el valor del silencio y de la contemplación y formar en la relectura de las propias experiencias, y en la escucha de la propia conciencia (cf. *Documento preparatorio para el Sínodo sobre los jóvenes*, parte II). El Espíritu habla y actúa a través de los acontecimientos de la vida, pero los eventos en sí mismos son mudos o ambiguos, ya que se pueden dar diferentes interpretaciones. Iluminar el significado en lo concerniente a una decisión requiere el arte del discernir.

Servir

La vocación surge siempre del corazón generoso de Dios y brota en la tierra buena del pueblo fiel y en la experiencia del amor fraterno. Ninguna vocación nace por sí misma, ni vive para sí misma, sino que es siempre una llamada al servicio en una misión concreta; si la persona llamada no se entrega generosamente en el modo de amar y servir de su propia vocación, su vida queda estéril. Por tanto, la respuesta a la llamada de Dios en una vocación específica es un fruto que llega a madurar en el campo bien cultivado del amor que se hace servicio, en el contexto de la vida de la Iglesia. Por esta razón es importante implicarse a fondo en el servicio comunitario, de modo que despierte en los llamados sus mejores energías en la entrega de la propia vida (cf. Francisco, *Mensaje para la LI Jornada mundial de oración por las vocaciones*, 2014).

El proceso de la interioridad agustiniana culmina en lo mejor de la persona, pero más allá de sí misma, en la capacidad de trascender en Dios. La invitación de san Agustín “*trasciéndete a ti mismo*” nos da una clave de interpretación bastante esclarecedora en esta última parte de este *Plan de animación de las vocaciones*. La condición de vida del discípulo misionero, al estilo del mismo Maestro, lo conduce a “lavar los pies”, esto es, a ponerse al servicio de sus hermanos en las muchas formas en las que se puede servir según el estilo de vida de las vocaciones específicas. Y qué duda cabe que la mejor forma de trascender en la vida cristiana es sirviendo a los demás, sobre todo a aquellos en los que Cristo quiere ser servido, en los pobres, los excluidos y los sufridos de este mundo.

La pedagogía vocacional acompaña el camino del discípulo hasta que comprenda y practique el servicio. Desde este punto de vista, aprender a servir es aprender a responder a la vocación de discípulo misionero, sea cual sea la llamada específica en la vida cristiana. En este *Plan* se presenta el servicio de la animación vocacional desde dos puntos de vista. El primero, está relacionado con la espiritualidad evangélica acerca del servicio. Y el segundo, se refiere a una propuesta de organización y coordinación del servicio de la animación de las vocaciones en la comunidad cristiana. Y aunque toda la comunidad cristiana es una comunidad vocacional, es importante distinguir

ministerios específicos para que la pastoral de animación de las vocaciones se coordine del mejor modo posible.

5.1. Servicio como actitud necesaria para responder a la llamada

El discípulo misionero, al estilo del Maestro, comprende que el sentido de su vocación es el servicio por amor. En el corazón mismo del evangelio según San Juan se nos deja esta gran enseñanza: *“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena [...], se levanta de la mesa, se quita el manto, y tomando una toalla, se la ató a la cintura. Después echa agua en un recipiente y se puso a lavar los pies a los discípulos y se los secaba con la toalla que llevaba en la cintura. [...] Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: ¿comprenden lo que acabo de hacer? Ustedes me llaman maestro y señor, y dicen bien. Si yo, que soy maestro y señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes”* (Jn 13,1-5.12-15).

Jesús les abre la mente y el corazón a sus discípulos para que comprendan a través del gesto de lavar los pies, que el sentido de la vida cristiana es el servicio por amor hasta dar la vida. El lavatorio de los pies remite siempre a la cruz, a la entrega de la propia vida por amor. Los discípulos están invitados a imitar este gesto, entregándose a un servicio de amor hasta el extremo; hasta dar la vida por los demás. Dentro del proceso de acompañamiento y discernimiento vocacional, no puede faltar la propuesta de experiencias de auténtico servicio cristiano, que ayuden a madurar la propia opción vocacional. La respuesta a la llamada, más allá de ser un ejercicio de análisis y reflexión, ha de considerar con detenimiento que se trata, ante todo, de un camino de servicio a los demás, en especial a los más pobres y sufridos de este mundo.

5.2. Servicio que presta la Orden en la animación vocacional

La pastoral vocacional en la Orden de los Agustinos Recoletos no puede responder a una mera necesidad de supervivencia, sino que es una exigencia de la misma fecundidad carismática. *La pastoral de las vocaciones nace del misterio de la Iglesia y está a su servicio. La Iglesia misma es vocación, y generadora y educadora de vocaciones, por lo que todos sus miembros tienen la gracia y la responsabilidad de fomentar la diversidad de vocaciones eclesiales. Las comunidades estén abiertas a las posibles vocaciones y atiendan con cuidado los signos de vocación, para dirigir a cada uno por el camino que el Señor*

le ha señalado. Todos los religiosos considérense comprometidos a fomentar y cultivar las vocaciones” (Constituciones, n. 156).

La invitación de nuestras *Constituciones* es la de convertir cada comunidad en una comunidad vocacional: *Presten particular atención a esta pastoral vocacional los que están al frente de las parroquias, los dedicados a la educación, los responsables de los movimientos pastorales, especialmente juveniles, y los que trabajan en el campo de las misiones* (Cf. *Constituciones*, n. 157). El modo más eficaz y proporcionado que se plantea para la animación vocacional es la oración insistente al Señor, y una vida ejemplar individual y comunitaria. De hecho, el testimonio de alegría es la más directa invitación a abrazar la vida agustino-recoleta (Cf. *Constituciones*, nn. 158-159).

Las vocaciones, más allá del simple número, son un don precioso que Dios otorga a las familias religiosas. Esta gracia inmensa es expresión del amor que él tiene a la Familia agustino recoleta y una confirmación de que el carisma sigue vigente como inspiración del Espíritu para vivir y proclamar, en el mundo de hoy, el Evangelio de Jesús. Tal bendición, además, nos compromete en una renovación espiritual profunda para que, desde el Evangelio, realicemos una promoción vocacional que manifieste la belleza del seguimiento de Jesús en la Orden de Agustinos Recoletos. Dicha tarea se realiza principalmente a través del testimonio gozoso de la propia experiencia de haberse encontrado con Cristo, el Señor.

a) Objetivo general de la animación vocacional agustino-recoleta

Anunciar a Cristo y evangelizar a los creyentes cuidando el nacimiento, discernimiento y acompañamiento de las nuevas vocaciones, en especial de las vocaciones a la vida religiosa agustino recoleta, en los ministerios que la Iglesia nos ha confiado (cf. *Nuevas Vocaciones para una nueva Europa*, n. 25).

b) Objetivos específicos

- Fomentar la conciencia de que cada religioso y cada comunidad deben sentirse responsables de la labor vocacional, siendo signos de una existencia radicalmente evangélica, convencidos de que la eficacia vocacional depende de su oración insistente y, estando abiertos a acoger las posibles vocaciones, acompañarlas y dirigir las por el camino que el Señor va señalando.
- Animar a los religiosos para que presenten la forma de vida agustino recoleta y ofrezcan un acompañamiento personalizado en las diversas etapas del proceso de maduración cristiana en la fe del discípulo misionero.
- Urgir a todos los agentes de pastoral vocacional a que trabajen en

equipo, para que la animación vocacional se desarrolle coralmente en toda la Iglesia.

- Integrar la pastoral vocacional en la pastoral de conjunto, atendiendo especialmente a la pastoral juvenil (JAR), a la pastoral educativa y a la pastoral familiar.
- Incrementar en las comunidades agustino recoletas la participación y la formación de los laicos como agentes de pastoral vocacional, sobre todo entre los miembros de la Fraternidad Seglar y los líderes de las Juventudes Agustino Recoletas. De hecho, la valoración y el puesto de los seglares en la animación vocacional es un signo de los tiempos que, en parte, se está manifestando cada vez más fructífero (cf. *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 13).

c) Los agentes vocacionales

♦ Dios

Dios es quien suscita las vocaciones, quien las realiza y quien las lleva a la perfección; Él es el primero en llamar. Hoy sigue llamando y nos alienta en la tarea de la animación de las vocaciones.

♦ El propio vocacionado

Después de Dios, que es quien llama, se encuentra en el orden de importancia el que es llamado. La tarea de la animación de las vocaciones nunca deben remplazar la responsabilidad personal ante la escucha y la respuesta de quien experimenta en su corazón la llamada. Mientras el animador vocacional acompaña al vocacionado en su proceso de discernimiento, debe pedir al Espíritu Santo la lucidez para saber implicarlo a fondo en la realización de su propia vocación.

♦ La comunidad vocacional

Una comunidad cristiana prueba su vigor y madurez en la floración de las nuevas vocaciones que en ella logran gestarse. En donde hay comunidades de fe viva, de esperanza compartida, abiertas a la acción del Espíritu, sensibilizadas por la palabra de Dios, los sacramentos y el compromiso apostólico, surgen las vocaciones y son vía segura para un auténtico apostolado vocacional.

♦ La comunidad religiosa

La comunidad religiosa agustino recoleta, en la medida en que vive unánime y concorde con una sola alma y un solo corazón (cf. San Agustín, *La Regla*, I,1), es agente de animación de las vocaciones allí donde se encuentre. Solo en ella los jóvenes descubren y experimentan nuestro carisma y pueden decidir una opción de vida cristiana específica. Entendida así, la animación vocacional se convierte en instrumento renovador de la misma comunidad local.

Corresponde a cada comunidad:

- Orar por las vocaciones, especialmente en la Eucaristía, en la Liturgia de las Horas y en el retiro mensual.
- Elaborar un plan de animación vocacional local que se incluirá en el *Proyecto de Vida y Misión* de la comunidad –PVM–, y se evaluará periódicamente.
- Apoyar el trabajo de los promotores o coordinadores vocacionales y del orientador local.
- Proponer frecuentemente en las predicaciones, la catequesis, los retiros *kerigmáticos*, etc., el tema vocacional.
- Dar a conocer la vida y el pensamiento de san Agustín, así como la historia y la espiritualidad de la Orden de los Agustinos Recoletos.
- Constituir a la Fraternidad Seglar y a las Juventudes Agustino Recoletas (JAR) en agentes vocacionales y acompañarlas en esa misión.
- Respalidar y secundar las iniciativas del Equipo de Animación Vocacional local.
- Involucrar a los Consejos de pastoral parroquial, a los Equipos directivos de los centros educativos y de las casas de formación, en la animación vocacional.

♦ El superior mayor

El superior mayor, con el apoyo de su Consejo y de los Secretariados, es el máximo responsable en la tarea de animar y coordinar la pastoral vocacional (cf. *Constituciones*, n., 159).

Corresponde al superior mayor:

- Facilitar todos los medios necesarios para la implantación de una adecuada pastoral de animación de las vocaciones en su correspondiente demarcación.

- Velar por una más adecuada perseverancia y estabilidad de los agentes vocacionales –religiosos y laicos– y por una consistente pastoral familiar y juvenil en nuestros ministerios.
- Revisar que el *Proyecto de Vida y Misión* de cada comunidad local –PVM– contenga un Plan de animación vocacional local.
- Aprovechar las visitas de renovación para analizar la marcha de la animación vocacional en cada comunidad, y dar cuantas recomendaciones considere oportunas para que todos los religiosos se impliquen en el trabajo de animación vocacional.

♦ **El Secretariado de vocaciones y juventud**

Este Secretariado es el responsable inmediato de arar, sembrar y cultivar la animación de las vocaciones, programando y coordinando las iniciativas vocacionales en las diversas circunscripciones –provincias, vicarías y delegaciones–.

Corresponde al Secretariado de vocaciones y juventud:

- Proveer lo necesario para que la pastoral de animación vocacional favorezca la renovación de nuestra vida agustino-recoleta, y todos los religiosos sean agentes activos de promoción de las vocaciones.
- Poner en práctica tanto lo señalado en este *Plan de animación* como en el *Itinerario Vocacional Agustino Recoleta –IVAR–*, elaborando un Plan de animación vocacional para su propia circunscripción.
- Colaborar con cada una de las comunidades locales en la elaboración y ejecución de su Plan de animación vocacional.
- Impulsar la creación y el fortalecimiento de los equipos vocacionales, integrando agentes laicos y a personas de las distintas ramas de la Familia agustino recoleta.
- Unificar entre los animadores vocacionales los criterios para el acompañamiento y admisión de los posibles candidatos a nuestras casas de formación.
- Facilitar todos los recursos humanos y materiales necesarios para una pastoral de animación vocacional intensa y amplia.
- Elaborar los materiales necesarios –guiones litúrgicos, subsidios para la semana vocacional, retiros, reuniones comunitarias, oraciones y celebraciones vocacionales– para que los religiosos y los fieles de nuestros ministerios puedan celebrar, sensibilizarse y formarse en todo lo relacionado con la animación vocacional.
- Preparar y organizar encuentros –como una semana agustinia-

na y/o una semana vocacional– en los que se presenten la vocación en general y las vocaciones específicas a la vida agustino-recoleta.

- Trabajar y procurar una buena coordinación con los otros Secretariados de la Orden y con los organismos diocesanos de animación vocacional.

♦ El promotor o coordinador vocacional

La misión del promotor o coordinador vocacional es la de animar y coordinar la acción vocacional (cf. *Constituciones*, n., 160), llevar a los discípulos misioneros a un planteamiento verdaderamente vocacional, y dar a conocer nuestra la Orden y las distintas vocaciones agustino-recoletas.

Corresponde al promotor o coordinador vocacional:

- Descubrir las posibles vocaciones a la vida religiosa agustino-recoleta.
- Acompañar los procesos personales de discernimiento, maduración y decisión vocacional de los posibles candidatos a la casa de formación.
- Visitar frecuentemente nuestros ministerios, animando y capacitando a los religiosos y a los equipos locales en la labor vocacional.
- Colaborar con los orientadores locales y establecer una comunicación frecuente con ellos mediante reuniones periódicas.
- Fomentar la creación de grupos vocacionales en nuestros ministerios y favorecer la formación específica de sus integrantes.
- Organizar y responsabilizarse de las convivencias y todo tipo de encuentros vocacionales.
- Relacionarse y participar activamente en la pastoral vocacional de las diócesis en las que están nuestros ministerios.

♦ El orientador local

El orientador local tiene como misión comprometer a los religiosos y a los miembros de la comunidad cristiana en una acción conjunta para descubrir, sostener y desarrollar los gérmenes de vocación, procurando que todos asuman sus responsabilidades en la pastoral de animación vocacional (Cf. *Constituciones*, n.160).

Corresponde al orientador local:

- Fomentar y mantener vivo en su comunidad el interés por las vocaciones.
- Juntamente con su comunidad y el equipo de animación vocacional, elaborar y evaluar el programa anual de animación vocacional local.
- Hacer propuestas vocacionales claras y directas hacia la vida agustino-recoleta.
- Promover y animar la semana vocacional de la comunidad y colaborar en las campañas vocacionales diocesanas y nacionales.
- De acuerdo con el promotor o coordinador vocacional, acompañar a los candidatos, teniendo con ellos encuentros personales, facilitando su participación en convivencias vocacionales y ayudándoles a integrarse de forma progresiva en la vida de la comunidad religiosa.
- Promover el apostolado y la experiencia de misión entre aquellos que manifiesten inquietudes vocacionales.
- Visitar las familias de los “vocacionados” y de los formandos en nuestras casas de formación.

♦ **El Equipo de animación vocacional local**

La espiritualidad de comunión y la misión compartida con los laicos no es un lujo necesario en las comunidades locales, sino un signo de la vitalidad de la Iglesia. El discípulo misionero, sea cual sea su lugar en el mundo y su vocación en la Iglesia, ha de ocupar el sitio que le corresponde en orden a la evangelización y, por supuesto, en orden a la promoción y animación de las vocaciones; también las laicales. El Equipo de Animación Vocacional está formado por cristianos de las distintas vocaciones específicas que, junto con el promotor vocacional y el orientador local, organizan y coordinan la animación de las vocaciones en la comunidad local.

Corresponde al Equipo de Animación Vocacional local:

- Promover la oración entre los fieles, para pedir por las vocaciones conforme al mandato de Jesús (cf. Mt 9, 35-38).
- Propiciar en las comunidades cristianas el despertar a la vocación cristiana y a las vocaciones específicas, como caminos para amar y servir en la misión que Dios confía.
- Acompañar a los jóvenes para que discernan su vocación a través de los medios y acciones sugeridos por el Itinerario Vocacio-

nal Agustino Recoleta –IVAR–.

- Alentar la cultura vocacional por medio de un clima de evangelización y catequesis permanente, con el fin de formar una comunidad madura en la fe y en la que las vocaciones surjan naturalmente.
- Integrar la animación vocacional en todas las áreas de trabajo pastoral de la comunidad local, adaptándose a las peculiaridades de la realidad y las necesidades de la Iglesia local, las comunidades y las personas.
- Informar a los fieles en general y, en particular, a los jóvenes, sobre las vocaciones en la Iglesia y, en especial, en las vocaciones a la vida agustino-recoleta.
- Mediar entre la llamada de Dios y la respuesta libre de la persona, sin tener miedo a una respuesta negativa.

♦ La animación vocacional en la Web y en las Redes Sociales

Plantearse una animación vocacional que tenga en cuenta la realidad de nuestros tiempos, conlleva estar cada vez más presentes en los medios de comunicación social, como cualquier otro grupo que pretende ofrecer algo significativo a la sociedad. Se trata de generar la cultura vocacional en los ámbitos de vida y de relaciones propios de las redes sociales, que susciten vida de relación con Dios y con los demás y que, a su vez, posibiliten el despertar a la llamada de Dios.

Iniciativas para la animación vocacional en la web y las redes sociales:

- Alimentar las páginas web institucionales – www.agustinosrecoletos.com y www.inquietar.com – con informaciones sobre actividades vocacionales, contenidos didácticos, reflexiones y oraciones que faciliten el despertar vocacional.
- Presentar en el canal de *youtube* de la Orden –Agustinos Recoletos OAR– videos que interpielen sobre el planteamiento vocacional y la vocación a la vida agustino-recoleta.
- Generar en la Orden materiales audiovisuales para alimentar tanto las redes sociales institucionales como las redes personales de los animadores vocacionales, con contenidos relacionados en la siembra vocacional.
- Crear grupos de *WhatsApp* para mantener una comunicación constante entre los coordinadores y animadores vocacionales.
- Remitir constantemente a estos ámbitos de comunicación a los jóvenes en general y, en particular, a los jóvenes de los grupos de las JAR, a los que están en acompañamiento y a los que se inclinan por la vocación a la vida agustino recoleta.

Conclusiones

En el año de la vida consagrada (2014), convocado por el Papa Francisco, invitó a los consagrados a mirar el pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza. El servicio de la pastoral de animación de las vocaciones vive con especial intensidad estos desafíos que el Papa Francisco plantea a las familias religiosas, en su empeño de avivar su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. En particular, este *Plan de animación de las vocaciones* abraza el futuro con esperanza. Lo hace desde la certeza de fe de que es el Señor quien siembra la buena semilla en el corazón humano. Y plantea el servicio de la animación vocacional desde el convencimiento de que los animadores vocacionales son humildes colaboradores en la mies del Señor; tanto esfuerzo en la siembra paciente dará los frutos que el Señor quiera y cuando él quiera.

El gran reto para la pastoral de animación de las vocaciones es precisamente el empapar de la “cultura vocacional” las comunidades cristianas, hasta que ellas mismas se constituyan en auténticas *comunidades vocacionales*. Este nuevo camino lo ha abierto la misma Iglesia como una respuesta en el Espíritu a los signos de los tiempos. Es de esperar que también las comunidades cristianas donde estamos presentes los Agustinos Recoletos vayan dando pasos firmes en esa dirección. Por lo cual, el servicio que la Orden realiza en la promoción vocacional a través de este *Plan de animación de las vocaciones* busca incentivar las comunidades cristianas para que sean realmente comunidades vocacionales.

Todo parte del encuentro de la persona con Cristo. Por lo cual, la misión de la pastoral de animación de las vocaciones consiste, en gran medida, en ser servidores y facilitadores de este encuentro vivo con Cristo; solo en el encuentro con Cristo resucitado los jóvenes experimentan una esperanza más fuerte que todo temor y que toda duda. Precisamente a partir de ese encuentro del discípulo misionero con Cristo, todo adquiere una nueva interpretación y brota una actitud de mayor compromiso con la historia. De ahí que este *Plan* concentra su esfuerzo en sembrar con paciencia en el corazón de los jóvenes el encuentro con Cristo y su Palabra.

Este *Plan de animación de las vocaciones* pone en el centro de su ser y que-hacer al mismo Cristo resucitado que acompaña el camino de los discípulos

misioneros. Es precisamente en el proyecto del Reino que Jesús descubre al joven, donde este encuentra un propósito preciso para su vida, capaz de entusiasmar su corazón y de impulsarlo a vivir con utopía. La aventura que aguarda el discípulo misionero será, ante todo, un asunto entre el Maestro que lo llama y lo que el joven discípulo comprende que le pide. De hecho, cuando un joven descubre en Cristo su vocación, brota una fuerza y una motivación profundas que le llevan a tomar decisiones valientes y a abrirse al futuro con esperanza.

Las diversas comunidades que forman la Orden de Agustinos Recoletos deben sentirse gozosas de que entre aquellos que frecuentan sus ministerios o reciben sus enseñanzas, haya quienes sientan la llamada y decidan consagrarse al Señor. Así ha ocurrido, gracias a Dios, a lo largo de una gran historia que se puede narrar, celebrar y agradecer. Ahora bien, se abre en el momento presente un gran reto en la pastoral de animación de las vocaciones para los Agustinos Recoletos, y tiene que ver con intensificar una mirada de fe. Por una parte, se pide una mirada amable acerca de los contextos en los que se insertan los jóvenes, captando con delicadeza sus fortalezas y sus desafíos. Y, por la otra, mirar e intensificar las raíces de la propia vida espiritual, para poder acompañar al estilo de Jesús, el Maestro.

Aprobado por el Prior general y su Consejo, en la Sesión del 20 de octubre de 2020, Fiesta de Santa Magdalena de Nagasaki.



agustinos
recoletos

Curia General